

La Esfera

28 ENE 1927

AYENEO D
BIBLIOTECA
MADRID

Año IX *Núm.* 421

Precio: Una peseta



ANUARIO GENERAL DE ESPAÑA

(BAILLY-BAILLIÈRE -- RIERA)

EDICIÓN DE 1922

Señas de los que se dedican al Comercio, Industria, Agricultura, Ganadería, Minería y los que ejercen profesiones o cargo oficial en España y sus posesiones. Servicios públicos, Tarifas de Correos, Telégrafos y Teléfonos. Vías de comunicación. Tratados de comercio y cuantos informes son de interés general. Reseña geográfica y estadística de cada población. Un mapa de cada provincia. Una utilísima **Sección Extranjera** con las señas de importantes casas de las cinco partes del mundo, interesadas de entrar en relaciones comerciales con las de España, constituyendo un pequeño ANUARIO INTERNACIONAL. Importantisima Sección de anuncios.

TRES tomos de unas 6,000 páginas en junto, sólidamente encuadernados

Unos 2 millones de señas

Datos oficiales : : : : : Reconocido de utilidad publica

PRECIO DEL EJEMPLAR

Pedido antes del 1.º enero 1922: 60 Ptas. Pedido después del 31 diciembre 1921: 75 Ptas.
En España franco de portes contra envío de fondos

Editores: ANUARIOS BAILLY-BAILLIÈRE Y RIERA REUNIDOS, S. A.
Consejo de Ciento, 240 - BARCELONA - Teléf. A-3503 - Dir. telegr. «Anuarios»
Agencia en MADRID: Núñez de Balboa, 21, Casa editorial Bailly-Baillièrre

EL SECRETO

Novela dramática de intensa emoción

por E. Contreras y Camargo

ACABA DE PUBLICARSE
TRES PESETAS EN TODAS LAS LIBRERÍAS

DEL MISMO
AUTOR :: **DELITOS DE AMOR**

OBRA DE GRAN ÉXITO

3.50 pesetas en todas las librerías

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

SULFHYDRAL CHANTEAUD

de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS, CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH Cº, 49, Bruch, BARCELONA

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16



TINTAS
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21



—¿Qué esencia gastas tan fina que tan bien huelen tus manos?
—La que tú me regalaste de Casa Cor.és H. rmanos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Loción para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



Patente española número 53.883



Patente inglesa número 21.538

HOMBRES

El vigor sexual en todas las edades se consigue "VIRILITY" con el aparato patentado también en otros 8 Estados más importantes del Mundo. Para vencerse, pida Ud. el folleto de 20 páginas del Dr. méd. Schiller. C. E. Geiger, Bertrán, 104, Barcelona.

SENOS

Desarrollados, Reconstituidos, Hermoseados, Fortificados con las **Pilules Orientales** el único producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas.

J. RATIÉ, Pharm. Paris.
Un frasco se remite por correo, enviando 7.50 pesetas en libranzas o giro postal a CEBRIAN y Cº, Lauria, 26, Barcelona. De venta en Madrid: Gayoso, Arsenal 2; en Barcelona: Oliver, Hospital 2

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



Aspirina



En los rudos cambios de tiempo no siempre es fácil preservarse de los constipados. Todo resfriado sin embargo, sea de la clase que quiera, debería combalirse inmediatamente con las **Tabletas "Bayer" de Aspirina**

completamente inofensivas y recomendadas por los médicos.

Exljase siempre el emba- leje original con la feja encarnada, llevando la Cruz "Bayer" y la inscripción:

„Fabricación especial para España“

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

SE VENDEN
los clichés usados en esta Re- vista. Dirijanse á esta Adminis- tración, Hemosilla, 57



Usted duda, pero...

¿Está usted seguro de que su calva es absolutamente incurable?

¿Se lo ha demostrado alguna persona de autoridad científica indiscutible?

¿Haber fracasado con varios productos es una afirmación de que no existe nada que pueda curar su calvicie?

La lógica rebate estas tres preguntas, pues usted no ignora que antes existían muchas enfermedades infecciosas cuya curación se negaba rotundamente... hasta que se descubrió el preparado que las curaba.

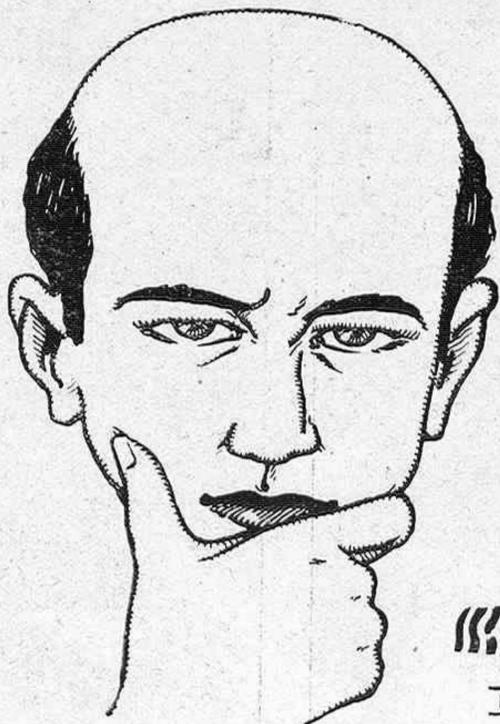
El Regenerador "PAZ" del Cabello

es un descubrimiento científico moderno que rebate demostrativamente cuantas afirmaciones se han hecho contra la curación de la calvicie. y la ciencia misma lo ha reconocido concediendo á este acertado producto Gran Premio de Honor y Medalla de Oro

Consulte gratis á su autor

DIEGO PAZ, calle Don Alfonso I. 36, Zaragoza

FRASCO: 15 PESETAS



HELIOS

LOS ÉXITOS DEL CINEMATÓGRAFO



Los héroes de la maravillosa película «Los tres mosqueteros», que con éxito sin precedente se ha estrenado en el Real Cinema, de Madrid, y Pathé Cinema, de Barcelona

LA MODA FEMENINA



Vestido de crepé de China, gris, bordado en blanco



Vestido de satín, color ciruela, bordado en negro



Traje de calle, en lana azul, con adorno de «soutache»

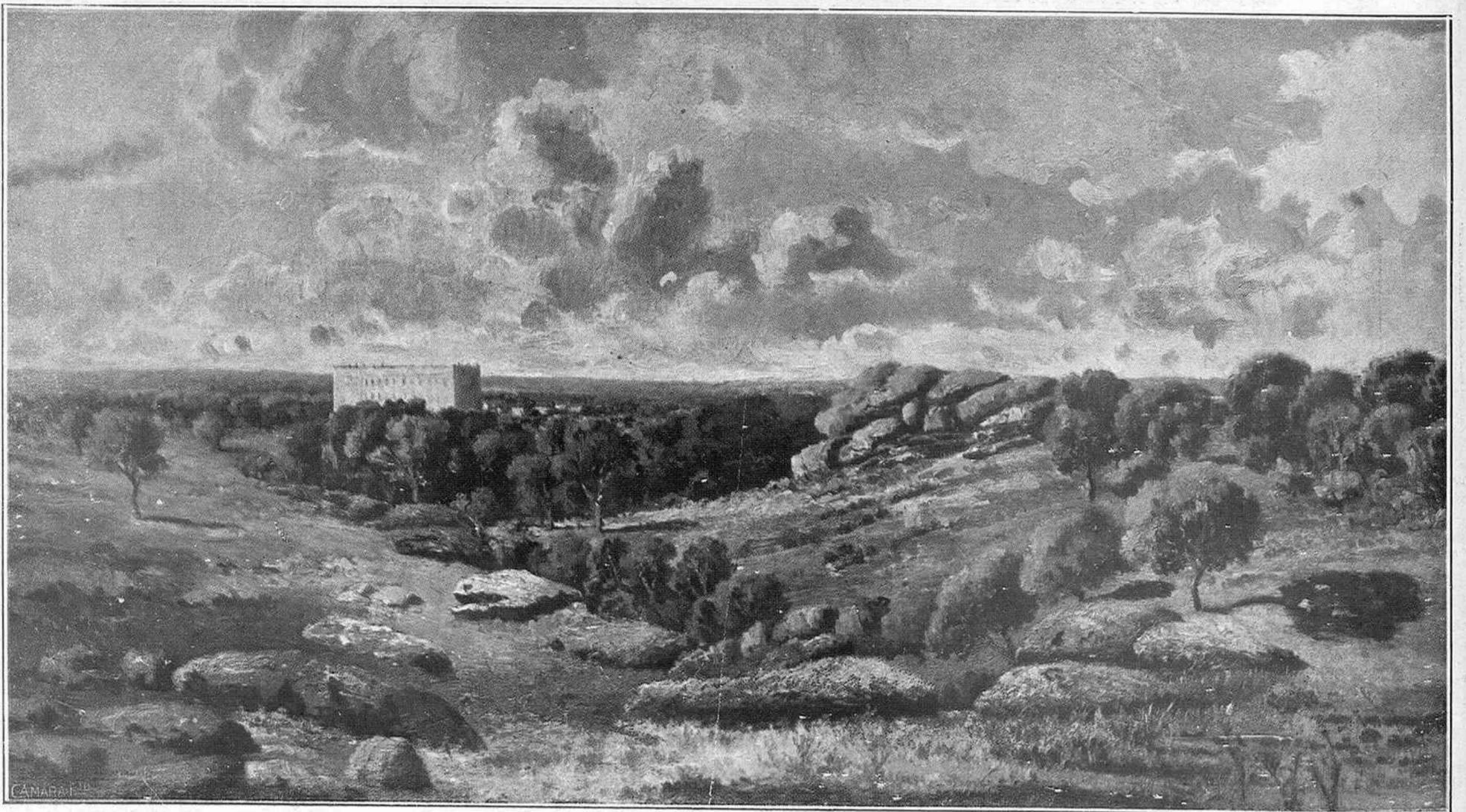


BENEDICTO XV

El mundo católico, en duelo por la pérdida de su Supremo Jерarca, llorará mucho tiempo, cualesquiera que sean las excelsas virtudes y los superiores talentos de su sucesor en la Cátedra de San Pedro, la pérdida de este Pontífice que acaba de extinguirse dulcemente, serenamente, tras brevísima dolencia, allá en su celda modestísima del Vaticano. La obra de su pontificado, no por breve dejó de ser importante lo mismo en la esfera puramente religiosa que en la social y política. Dotado al par que de luminosa inteligencia de gran sentido político y de un hondo amor á la Humanidad, su labor fué esencialmente conciliadora, de pacificación de los espíritus, de aquietamiento de las pasiones. La influencia de esa labor de paz y de amor habrá de dejarse sentir seguramente en el mundo á medida que transcurran los años, nimbando la venerable figura de Benedicto XV con una luz imperecedera y gloriosa.

DIBUJO DE GAMONAL





PAISAJES SEGOVIANOS, cuadros de Vicente Carrasco Muñoz



¿A dónde se va el alma siempre que el pobre cuerpo, rendido de su físico trabajo, se aquieta y yace en un profundo sueño? Ya se hizo esta pregunta muchas veces; es de todos los tiempos; pero no hubo respuesta todavía... Y el alma vuela, vuela, se va lejos; vive una vida autónoma, sin carne, y si aún logra agitar el pensamiento del dormido, el dormido, sin conciencia, no puede coordinar en el recuerdo lo que vivió soñando. El espíritu, ajeno al físico armazón que lo contiene, no pulsa el instrumento de entrañas, y de arterias, y de venas, de blancos huesos y de nervios tensos, en que suele tocar su melodía espiritual en nuestro ser despierto. Viene el alma y se va, revuela en torno, nos roza con sus alas el cerebro, nos trae sugerencias del mundo incognoscible del misterio; pero es todo impreciso, es vida que no es vida, es sin concierto, la vida sin sentir, que remedamos en la brumosa vaguedad del sueño. Soñar, ¿es el ensayo que hace el alma

de lo que hará cuando ya estemos muertos? ¡Cuántas veces yo quise saber del alma el misterioso vuelo, y me tendí en la hierba de los prados vueltos los ojos al azul del cielo! Pero mi alma no volaba sola; con ella iba mi cuerpo: contemplando el lucir de las estrellas; el viaje de los astros, firme y lento; el huir de las nubes, nacaradas como flotantes témpanos de hielo, me sentí con el alma transportado en mi soñar despierto, lejos, yo todo, de esta baja tierra —en cuerpo y alma lejos—, no ya desencarnado, puro espíritu, cual debe de ocurrir cuando me duermo; no ya sin mi conciencia y mis sentidos como suele pasar durante el sueño. Nunca pude mirar a mi alma á solas: siempre la sentí dentro, del barro de mi carne prisionera. Pero si es esta carne el instrumento precioso del espíritu, cuando se seque el jugo de mis huesos, y se enfríe la sangre de mis venas, y se aflojen las cuerdas de mis nervios, ¿dónde podrá tañer el alma sola la melodía de sus sentimientos?

¿Qué va á ser de mi alma cuando no tenga cuerpo? ¿Qué de mi lumbré espiritual perdida, si no ha de calentar mi pensamiento? ¿Que serás, pobre espíritu, que no tendrás cerebro para pensar en mí, ni ojos, ni llanto para llorarme cuando yo esté muerto? Te irás, como te marchas cada noche cuando me rinde el sueño, para no volver más, como ahora vuelves, á hacer vibrar todo mi ser despierto. Serás luz, nada más: luz sin conciencia, sin goces y sin duelos; un astro más que cruza indiferente la indiferente bóveda del cielo. ¡Oh, el dolor de morir, con la sospecha de no poder decir: «Ya llegó á término este estúpido viaje de mi vida; le devuelvo á la tierra su sustento; mi cráneo, que dió ideas, dará flores; los gusanos se nutren de mi cuerpo; de mis cuencas vacías, mariposas volarán; con las manos sobre el pecho, ya estoy aquí, descanso para siempre, definitivamente, solo y muerto!»

Felipe SASSONE

DIBUJO DE ECHEA

DE LA VIDA QUE PASA



Conducción de un herido después del combate librado contra los moros para la toma de Darsudaj

LA GUERRA DEL MORO

Es la guerra del moro terrible y fiera que llama á la muerte; la guerra sin cuartel, fatal, en Zalaca y en Alarcos, y en Alcázarquivir, y en el Barranco del Lobo, y en Igueriben; victoriosa en Las Navas y en el Salado, en Orán y en los Castillejos, en Tetuán y, últimamente, en el Gurugú y en las orillas del Kert. Es la guerra del moro valiente y feroz que no respeta pactos ni derecho de gente; que el día del triunfo no conoce la piedad é inflige al prisionero inermes castigos espantosos, de los cuales el menor es la muerte, y el día de su derrota demanda el perdón, pensando en la venganza. Es la guerra del moro contra Europa, de la que es baluarte y ara sangrienta la Península hispanolusitana, que ha salvado la civilización y ha hecho por ella más que en junto los pueblos todos, porque la ha extendido por los ámbitos de los mares y los continentes, descubriendo las fuentes del Níger, doblando el Cabo de Buena Esperanza, estableciéndose en la India remota, bandeando América, aventurándose por las aguas del Estrecho de Magallanes, surcando el Pacífico, sorprendiendo en sus cunas las Islas de Oceanía y circundando con una estela de gloria el Planeta.

Y al cabo de los siglos, ahí está otra vez, al otro lado del valle de Gibraltar, tinta en sangre española, la lucha con Africa, la lucha con la morisma, guerra que por la calidad y el número de los enemigos, los montañeses kabiles del Rif, parece estar exenta de ambiente épico, porque allí no existe un Marne ni un Verdún, pero en la cual se pelea por los más nobles y elevados fines.

¿Cuáles son éstos? Por lo pronto, asegurar el paso del ferrocarril europeo-africano que, hendiendo España, perforando el fondo movedizo del Estrecho, termine en el puerto francés de Dakar; ferrocarril que acorta en muchos centenares de kilómetros el camino del Viejo al Nuevo Continente.

Y, después, algo verdaderamente colosal: abrir á la vida y al progreso el mayor de los Desiertos del mundo, bien construyendo calzadas y defensas para atravesarle con múltiples vías de comunicación, ya inundando el Sahara con las aguas del Océano Atlántico, con lo que las condiciones climatológicas ó higiénicas del Norte africano variarían favorablemente y la civilización del Continente sería factible en poco tiempo.

Eso es lo que en puridad se debate en el Rif, por lo cual, sin nombres sonoros, España, como siempre, trabaja heroica por la Humanidad

para que los testigos se aprovechen de sus esfuerzos.

Se aprovechan ya, por anticipado. De Francia es el Senegal, donde se asienta Dakar, el puerto del porvenir. De Francia las fronteras argelinas, tunecinas y marroquíes del Desierto, el desarrollo total casi de las costas del proyectado mar Sahárico; de Francia la costa occidental de Marruecos, y todavía la República imperialista se cierne sobre Tánger, la ciudad española por excelencia, española por su aspecto, por sus industrias, por su comercio, por sus escuelas, por su alumbrado, por sus servicios públicos y por la voluntad casi unánime de sus pobladores todavía se cierne sobre Tánger y alega misteriosos derechos para hacerla suya.

Y, entre tanto, España, generosa y magna, acude á la defensa de su puesto de vanguardia y sostén de la civilización, y lo que ejecuta de prisa, otros países europeos lo critican, como el poeta dijo, despacio, y otra vez sostiene la guerra contra la morisma.

Esa guerra contra el moro, reproducida cada poco tiempo, sólo el pueblo español está capacitado para sostenerla; sólo en lo más hondo de las reservas morales de una raza, que tiene destinos providenciales que cumplir, se hallan virtudes para ofrecerse, sin aspiraciones interesadas de lucro ó premio, como víctima eterna al sacrificio.

Y aquí está España de nuevo en la liza; aquí está en guerra con el moro. Un ancestral sentimiento, una intensa emoción anima todos los corazones. No hay modo, viviendo aquí, de no participar de este entusiasmo, de apartarse indiferente de la espléndida comunión afectiva.

Por misteriosos caminos, todo el que lleva apellidos españoles y ha nacido, como yo, en la América que fué de España, se deja invadir por esta emoción, obedeciendo á la solidaridad con sus antepasados.

Recientemente, tras el aplastamiento de la Comandancia de Melilla, debido á la dualidad de mandos, á errores y vicios de organización, el pueblo vió ocho mil de sus hijos muertos en Africa, tres mil quinientos millones de pesetas malgastadas, á las puertas de Melilla los moros, en su poder todas las posiciones, veinticinco baterías, muchos millares de fusiles y, además, la victoria.

El dolor patrio, no obstante, fué inferior á la fortaleza. España ha improvisado todo: armamento, municiones, viveres, suministro de agua, vestuario, planes, transportes, dinero y organización. A esta hora ciento cincuenta mil

combatientes están en Africa, y palmo á palmo recobran lo perdido. Ya han coronado el Gurugú y atravesado el Kert. Los rifeños, nunca por nadie dominados, verán pronto que es cosa muy distinta luchar con la acción adormecida y débil de los Gobiernos, que guerrear con el pueblo español; y Europa, como hace dos siglos, obtendrá los provechos del triunfo, sin haber expuesto nada.

Es la siniestra Fatalidad de las antiguas teogonías, que edad tras edad, centuria tras centuria, año tras año, pesa sobre el pueblo ibérico. Es la fuerza del Sino inexorable como una ley natural que gravita sobre las espaldas de un pueblo heroico á manera de cruz integrada por las culpas ajenas, cruz abrumadora llevada á través de los tiempos por una Vía de Amargura inacabable, y sin esperanza nunca de arribar al estadio del suplicio final, al Gólgota, ni menos á las luminosas cúspides de la apoteosis, del Tabor.

Y se dirá: Pero, ¿es que ese problema político africanoeuropeo no se resolverá jamás? ¿España no tiene fuerzas para terminarle, para concluir con él definitivamente?

A mi juicio, nunca de un modo definitivo se verá resuelta esa cuestión.

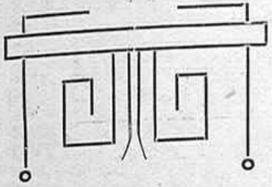
Jamás se ha resuelto tampoco la pugna entre Europa y Asia, de uno á otro lado del Ponto Euxino del Mar Negro, del Bósforo y del Mar de Mármara. Los problemas de vertientes marítimas son perpetuos, de incógnitas de soluciones, sin comparación más difíciles que los de montaña.

La cuestión asiáticoeuropea es, como la africanoeuropea, permanente. Las emigraciones arias, las célticas, la guerra de Troya, las médicas, las campañas de Agesilao, la retirada de Tenofonte, las conquistas de Alejandro, las Cruzadas, las hordas de hunos, de madgyares, de tártaros, de turcos, son episodios de la pugna asiáticoeuropea, semejantes á los que desde los tiempos prehistóricos ha suscitado en el Valle Mediterráneo la contienda entre Europa y Africa.

Y se observa que estos problemas son naturalmente más intensos allí donde se estrechan los valles. Sirvan de ejemplo el canal de Constantinopla y Gibraltar, donde en los momentos actuales, como en la sucesión de las edades pasadas, la pugna de las civilizaciones no cesa; donde la oposición, la contienda, la batalla es diaria, constante, perpetua.

RAFAEL HERNANDEZ-USERA

RAQUEL Ó LA DIVERSIDAD EMOCIONAL



Hay en Raquel Meller un refinado esteticismo que magnifica sus dotes intuitivas y naturales.

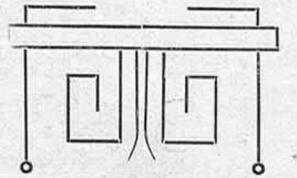
Merced á ello ofrece el simpático espectáculo de la fresca ingenuidad, del espontáneo impulso, junto al noble artificio y la bien ensayada gracia.

Y como consecuencia lógica, la pluralidad emocional que transmite íntegra á sus espectadores; siendo siempre ella misma, es sucesivamente picaresca, sentimental, burlona, romántica, voluptuosa, serena y trágica.

Su voz — delicada, sutil, pero expertísima en matices y modulaciones de infinita suavidad —; su figura gentilísima, eurítmica, de ondulantes y armoniosas líneas, sugiere en los escenarios diversos de las diversas naciones, porque á ella ningún trono de farandulería le está negado; sugiere campos de Castilla, comedietas italianas, galanías del XVIII francés ó desgarrros manolescos del XVIII español, deliquios niveles de convento ó cálida lujuria de huerto andaluz.

Y también la patricia distinción de la alcurnia de dama á contrasuelta de la pizpireta modistilla.

Con ser ya mucho es-



ción perdonable de los espíritus.

Sin salirse de su españolismo, además. Ingrávida, sugeridora, pone ante los espectadores «la honda, la fuerte, la inolvidable estampa española que encarna toda la bella España de la leyenda», como ha dicho el insigne escritor Gómez Carrillo, que marcha paralelo á su vida y á su arte.

Una estampa donde ella sola mueve una multitud de mujeres que saben á amor y huelen á incienso; lloran al pie de los Cristos barbados y con faldellín de terciopelo ó suben á la grupa de un corcel cordobés para ir con su novio á los toros, á la feria ó al pecado. Mujeres con mantones chinoscos, con mantillas de encaje, con mantoncillos de crespón; las cabelleras negras ensangrentadas de claveles ó nevadas de biznagas y las peinas azules, rosadas, amarillas, de la gitanería; con las faldas pomposas de volantes y faralares; mujeres que cantan con un acento litúrgico y carnal coplas de crimen por amor y piropos á las vírgenes morenas en las calles andaluzas los días aromados, sagrados, encaldecidos, de la Pasión...

FORTUNIO



ta facilidad proteica, esta dúctil asimilación á disfruteros y feminísimos tipos, este milagro de reencarnaciones rápidas sucesivas y de peculiar encanto, no es ahí donde radica su esencia de victoria cada noche.

Está en los tres ritmos que forman la plural afirmación de su arte. Ritmo del acento apasionado y trémulo. Ritmo de la gentileza, un poco lánguida, de los ademanes. Ritmo de las telas sabiamente, pictóricamente, acordadas y entonadas.

De este modo realiza la perfección del género, con su silueta, sus palabras y el color de que sabe rodearse para la luz de las baterías y para la emo-



L A M A N O

Si no te ríes mucho de mí, te lo cuento.
Se incendió su rostro de rubor.
Con el vivo color de las mejillas, resultaba casi bella.
Y no lo era.

Tenía los ojos... ¡Bueno! Era fea, francamente fea. Y sin embargo, de no haber sido casado, yo no hubiera tenido ningún inconveniente en elegirla por compañera de toda mi vida, porque era una de esas criaturas que dejan ver el fondo de su alma á través de los ojos; un fondo limpio, alegre, luminoso, como el de esas fuentecillas de la sierra, que muestran limpias las arenas y piedrecillas bajo las aguas frescas y cristalinas que al correr ríen y charlan con la alegre inocencia de los niños.

Hubiera hecho la felicidad de cualquier hombre; pero el grosero apetito del varón no se sacia con espirituales confituras. Por ello, jamás oyó palabras de amor; y esto, que en cualquier otra hubiera sido causa de acritud repulsiva, trocábase, en su alma buena, en una dulce conformidad, que no empañaba la sana alegría de su carácter.

—¡Ah, picarueta! ¡Conque un novio! ¡Yo que te creí tan formalita! ¡Cuéntame, cuéntame ese noviazgo!

—Pues, sí. Yo era su novia..., pero él no era mi novio.

—¿Cómo, cómo?

—Te lo explicaré, si no te burlas de mí.

—¡Palabra!

—Pues verás. Ya sabes que papá consiguió para mí un destino en el «Metro». Yo estaba muy contenta, pues aunque el sueldo no era mucho, con él aumentaba los ingresos de casa, tan necesitada de ellos.

El jefe me destinó al despacho de billetes de la Red de San Luis. No sé si recordarás que, al principio, ese despacho, cerrado como los demás, igual que un confesonario, tenía la parte alta anterior cubierta por un cristal deslustrado, en el que se abría la ventanilla por donde el público adquiría los billetes. Ignoro quién sería el autor de tamaña crueldad, pero te aseguro que los primeros días los pasé en un constante tormento. ¡Figúrate! Una mujer detrás de un cristal esmerilado, que no permite ver cómo son los que se acercan á la ventanilla. ¡Te digo que era horrible! Cuando terminaba mi labor, salía rendida de haberme doblado tantísimas veces para satisfacer mi curiosidad mirando por aquella ventanilla. Algunos viajeros me ahorran ese trabajo, pues eran ellos los que, agachándose, procuraban verme. Tratábase casi siempre de jóvenes, aunque no faltaban viejos verdes que también querían dar gusto á los ojos. Me causaba pena, porque todos ellos traían un piropo en la punta de la lengua; mas al verme, se lo tragaban. ¡Pobrecillos! Pero, ¿qué culpa tengo yo de ser fea? Te aseguro que entonces sentía no ser bonita, para no matar las ilusiones de aquellos que esperaban descubrir una beldad detrás de la ventanilla.

Casi todos, al verme, enmudecían; pero había otros, generalmente niños *bien*, de una indelicadeza digna de su alma ruin. Estos repetían ante mí el *ingenioso* chiste que nos han aplicado á las señoritas del «Metro». «¿En qué se parece—decían—esta señorita á un perro? En que t'aladra.»

Poco á poco, y por cansancio, fué curándose mi curiosidad. Ya iba no importándome á quién pudieran pertenecer las sombras que pasaban por el cristal.

Comenzaba á aburrirme con la monotonía del trabajo. Siempre lo mismo. Una sombra que se proyecta en el vidrio, una mano que se introduce por la ventanilla dejando el dinero, un golpe dado por mí al botón de la expendedora automática, los billetes que salen y la mano que los recoge. Esto igual, siempre igual, fatigaba; pero como yo no sé estar aburrida, pronto di con el medio de entretenerme. Y fué averiguar, por la forma de las manos que veía, la clase de persona á que pertenecían. Era muy entretenido, pues según iban llegando á la ventanilla, yo decía: «Mano de artista, de hortera, de concejal...» Algunas veces confrontaba lo pensado con la realidad...

—¿Y acertabas?

—Casi nunca.

En este inocente entretenimiento, vino á picar mi curiosidad una mano preciosa de hombre que, infaliblemente, á las ocho menos cinco minutos de la mañana depositaba en mi ventanilla los quince céntimos, importe de su billete. Era una mano blanca, alargada, aristocrática, admirablemente cuidada.

A los pocos días de repetirse la misma operación, estaba yo intrigadísima por aquella mano misteriosa. ¿De quién podría ser? Lo hubiera averiguado con sólo inclinarme una vez más, pero me daba no sé qué temor romper de golpe la ilusión y desvanecer el encanto de lo desconocido.

Preferí seguir imaginándome un tipo elegante, varonil, con unos ojos negros, muy negros... y un rostro noble y un bigote sedoso...

Poco á poco, fuí perfeccionando la figura de «mi novio». Porque aquel hombre, de aquella mano, era el elegido de mi corazón, del que llegué á enamorarme perdidamente.

Todas las mañanas esperaba intranquila, sobresaltada, el ansiado momento en que «mi mano» viniera á visitarme. ¡Y era tan grande la alegría que me causaba el verla!... ¡Oye! ¿Es mucho pecado querer besar una mano?



CAV



—Según, según. A los sacerdotes se les besa...
 —Pues, sí. Yo tenía unos deseos locos de besar aquella mano, de estrecharla entre las mías... ¡Dios mío, qué cosa es el amor!... ¡Mira qué tonta: hasta el billete! ¡Ya ves si es prosaico un billete del «Metro»! Pues hasta eso hubiera querido dárselo más bonito que á los demás; no digo que con un corazón atravesado por una flecha, ó con una paloma llevando una carta en el pico, pero sí algo como perfumarlo y que ese aroma le descubriera mi amor. ¡Qué cursi! ¿Verdad?
 Estaba loca. Lo confieso. Le quería con toda mi alma...
 —Pero, ¿llegaste á verle, á hablarle?
 —¡No, no, por Dios! Si cada día le amaba más, cada día sentía más miedo de llegar á verle. Veía su mano, la mano preciosa; el resto me lo imaginaba. ¿No hubiera sido una insensatez substituir aquel hombre que yo había creado á mi gusto, bellissimo, lleno de perfecciones, por el real, que seguramente carecería de ellas? Horrorizábame la idea de que fuese distinto á como yo lo había soñado... Por eso, bastábame su mano, el único objeto material de aquel amor, que á mí me parecía (no sé si diré una atrocidad) al de esos santos... ¿Cómo se llaman esos santos que ven á Dios?

—¿Los místicos?
 —Eso es. ¡Así quería yo á mi novio, y así deliraba por él. Llegué á ponerme pálida, como las niñas románticas que beben vinagre... ¡No te rías!...
 Cuando llegaba «mi mano» y á través del cristal deslustrado veía yo la sombra de mi amado, me estremecía de placer. Era el momento más feliz de mi vida. ¡Pensaba unas cosas tan raras!... Un día me fijé en que la manga de su americana era negra. Esto me causó una tristeza muy grande. ¡Estaba de luto! ¿Por quién? ¿Por un hermano? ¿Por una hermana? Decidí (comprendo que era una crueldad), pero decidí que la muerta fuese su madre. Este inmenso dolor hacía más interesante á mis ojos, y para aliviarlo, necesitaría mayor consuelo. ¡Pobrecito! ¿Quién podría consolarle sino yo?...
 Una mañana que yo pensaba en esto, entró su mano por la ventanilla... y dejando treinta céntimos, en lugar de los quince de ordinario, oí que dijo:
 —¡Dos!
 Fué un momento terrible. No sé lo que pasó por mí. ¡Se ha casado!, pensé. Un violento ataque de nervios me acometió. Debía estar intencionalmente pálida. Las lágrimas se me saltaban y el corazón también quería saltárseme. Era furia,

despecho, ansia de destrucción lo que sentía. El péfido había pisoteado mi felicidad, taciéndome.
 Mi mano, crispada, habíase paralizado. Pasó algún tiempo, no sé cuánto, hasta que le oí repetir con tono seco:
 —¡Señorita! He pedido dos billetes.
 Maquinalmente, oprimí el botón y los billetes salieron de la automática.
 ¡La mano traidora los recogía!
 Me ahogaba en la estrechez de aquel cubil. Necesitaba ver frente á frente al que así derribaba en un instante mi dicha... Abrí violentamente la puerta; miré...
 —¿Y era?
 —¡Oh! ¡Parece increíble que aquella mano perteneciese á un ser tan deforme y ridículo! Le acompañaba un cura.
 Reí como una loca...
 Oye una cosa extraña. ¡Mi propia risa me dolió en el alma! ¿No sabes? Fué como el eco de un dolor lejano. Cuando niña; en el entierro de una amiguita mía, muy querida. Yo lloraba inconsolable. Una alegre bandada de gorriones cruzó los aires con loca algarabía mientras la daban santa tierra...

L. ALONSO

DIBUJOS DE BASILIO

UNA EXPOSICIÓN PÓSTUMA
EL ARTE DE EMILIO MADARIAGA



«Castellana» (bronce)



EMILIO DE MADARIAGA
 Retrato por José Moya del Pino



«Ingenuidad»

MERCED al fraterno fervor—autorizado por una consciente comprensión estética—de los hermanos Madariaga, Madrid no ha seguido desconociendo, sino en fragmentos perdidos en la turbamulta de las Exposiciones Nacionales, la obra de un artista definido y definidor. Emilio de Madariaga, formándose paralelamente á los hechos afirmativos y á las simulaciones transitorias de la vida artística actual, iba realizando su obra sin premuras y sin ecos, con una voluntaria existencia recoleta que escasos amigos frecuentaban.

«... Nació—dice su hermano Salvador en el justo Retrato que antecede la lista catalogal de las obras—en La Coruña, el 24 de Noviembre de 1887, y murió en Madrid, el 18 de Marzo de 1920. Vivió, pues, treinta y tres años. De ellos, seis, los últimos, en plena posesión de su genio creador. Este genio tardó en manifestarse de manera clara. Hasta los diez y ocho años,

el espíritu que vivía en él, falto de la disciplina de una orientación propia, sólo actúa negativamente en forma de instinto defensivo, que rechaza la domesticación intelectual de la enseñanza. Es mal estudiante y díscolo. Así crece en libertad, de modo que cuando llega la hora del Arte, el genio creador en él puede revelarse sin traba ni prejuicio. Cuando, á los veintiún años, viene á París, decidido á ser escultor, no sabe ni dibujar. Admirable economía natural. Porque así el genio creador, ya hecho, forma al artista, en contra de lo que suele suceder con los artistas, productos de escuelas y maestros, que condicionan, limitan y aun á veces matan al genio creador que nació en ellos.

Así, impulsado y dirigido por una virtud superior al Arte, el artista en él progresa rápida y certeramente. En menos de un año consigue una maestría suficiente para exponer—joven y desconocido—en la *Société Nationale des Beaux Arts*; se adueña luego de la técnica francesa en el grado maravilloso que revela su *Dolor*, y la sobrepasa pronto, siempre guiado por su estrella, para reintegrarse al hogar espiritual patrio. Cuando, obligado por la guerra, se instala en Madrid, ya ha hallado su arte definitivo: ya ha hecho su *Dama eslava*, su *Alma castellana*, su *Lujuria*. Ya trae en sus presueños la *Trilogía de los Amores*, que la muerte había de interrumpir.»

ooo

En la Exposición póstuma que los hermanos Madariaga han ofrecido como una visita al taller recién silencioso y recién inmóvil, todas las obras del escultor aparecían sin ocultaciones ni reservas. Al lado de lo que tuvo la firma y el rotulado definitivo, los ensayos inconclusos, los bocetos que, por fuerte maestría del artista, nacían ya con un ímpetu de rotundez.

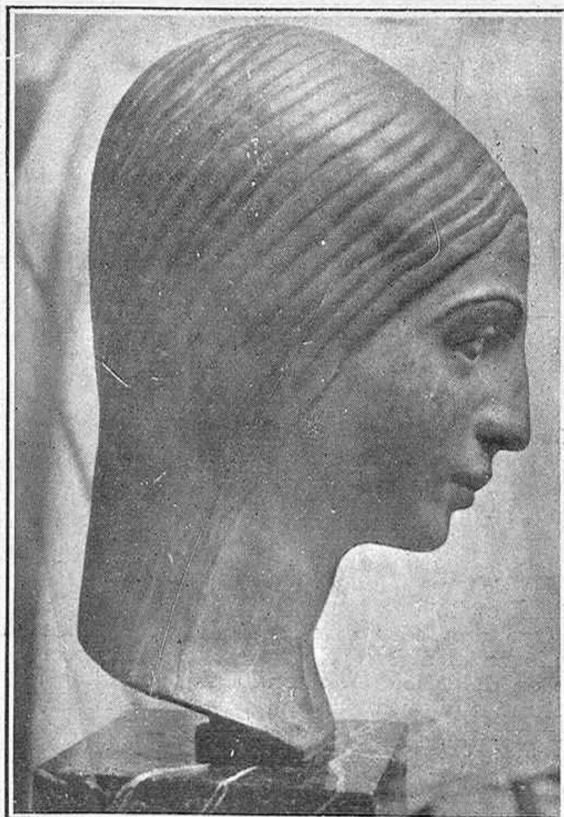
Así, el arte de Emilio de Madariaga ha podido comprenderse por unos, sorprender á otros, ser conocido para los más; pero de un modo plenario y amplio, digno de la gratitud y respeto ajenos.

La primera sensación que causaban las esculturas de Madariaga, vistas así, como en una cronológica demostración de sus fases evolutivas, era la de un espíritu tenso, vibrante y ansioso de inquietudes emocionales. De un enorme sensitivo y de un productor lento, además.

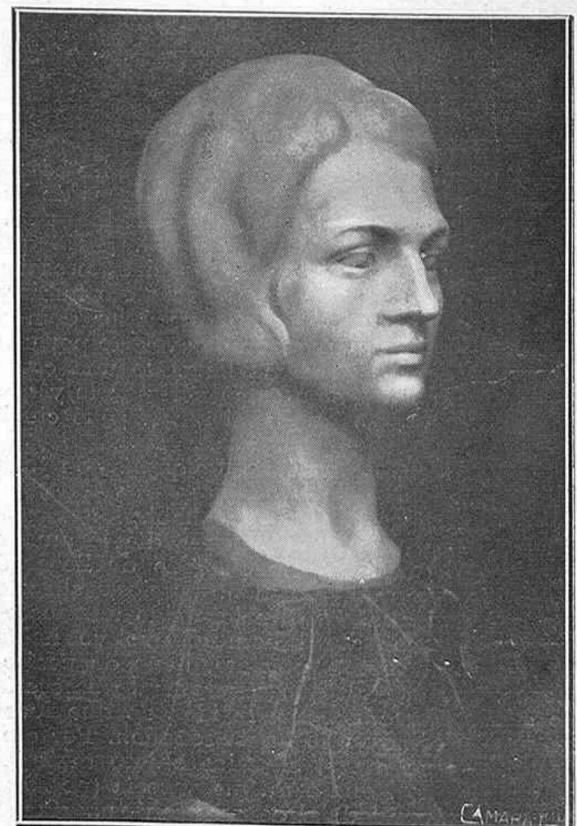
Las primeras obras de Madariaga, las influenciadas de francesismo externamente, pero colmadas de una rebosante añoranza íntima del españolismo visto entre la bruma del recuerdo, se adivina surgida con facilidad espontánea, con un instinto claro y arrojado que luego no desentonaría al hacerse más reconcentrados y personales la inspiración y los procedimientos.

En París le seducen influencias y contactos inevitables; le acucia el febril impulso de la súbita revelación á sí mismo. Después, reintegrado á España, apaciguado y sereno, de una fecundidad más consciente, Emilio de Madariaga produce despacio, tarda en acometer la materia definitiva ó en entregar á las manos mercenarias de los fundidores las figuras trabajadas con amor implacable.

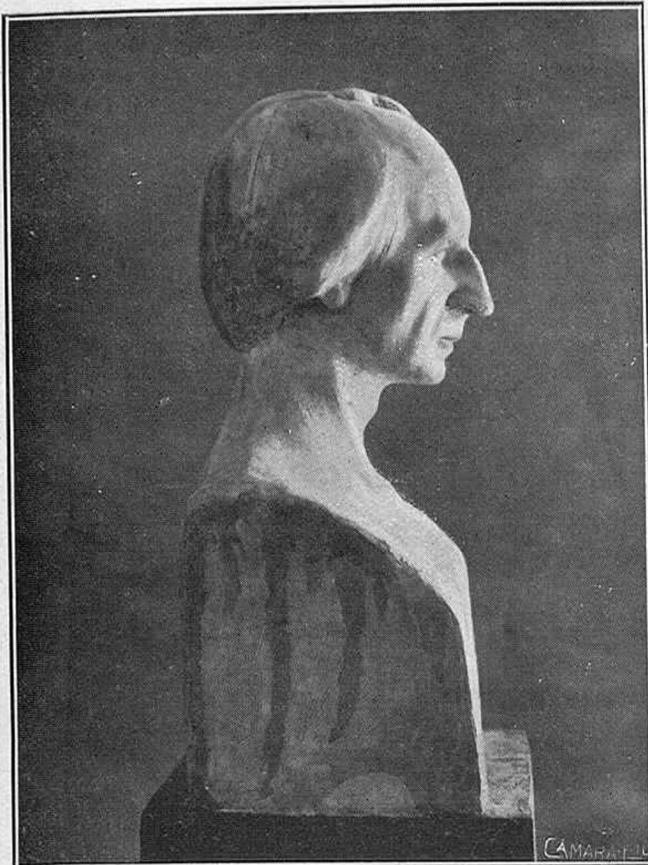
No repudia esas testas bronceas: *Alma castellana*—tan inédita de expresión racial y tan



«Retrato» (bronce)



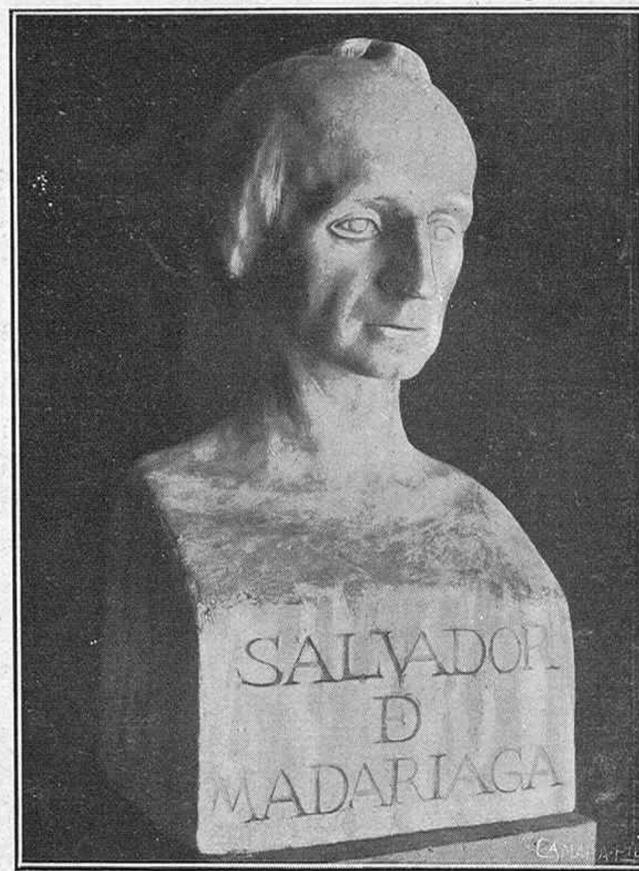
«Retrato» (mármol)



«Retrato de su hermano»



«Amor divino» (piedra policromada)



«Retrato de su hermano»

reveladora cuando se domina la primera repulsa de sorpresa—; *Ingenuidad*—que habla en el acento animoso de su galaica tierra natal—; esas testas pétreas: *Dama eslava*—serena, majestuosa, de una belleza que ya en el modelo vivo tendría la estatuaria prestancia—, y *Retrato de un filósofo*—que tiene una fiereza selvática—. No repudia ninguna de estas obras anteriores a la capacidad y á la exuberancia lírica de su segunda época. Planea y dibuja largos días, modela breves jornadas en su estudio las figuras futuras en medio de las pretéritas, sin sentir ese agobio que angustia como reproches mudos á un artista frente á las producciones desligadas ya de su alma.

No. Pudo, y así lo demostró Madariaga, realizar un arte más afirmativo, más perdurable, más ungido de emoción, plasmadas en progresivas perfecciones, conforme se hallaba la propia elocuencia reservada del comercio mundano con las gentes—filisteas ó iniciadas, igual da—, sin que le dañara la consulta de sus obras de la primera época. Al contrario. Las veía agradecido y sonriente, y mientras hablaba del porvenir, que se llamaría *Santa Teresa*, *Salomé*, *La Madre*, acariciaba con sus dedos largos, esqueletados, el bronce ó la piedra de las testas de ayer.

ooo

La obra culminal de Emilio de Madariaga es esta monja morena, encaldecida de pasión, convulsa y estremecida como una llama negra, que se titula *Amor divino*.

La única terminada de la trilogía á la que pertenecen *Amor sensual* y *Amor materno*, que el artista no llegó á terminar en el barro.

Ya lo hemos dicho antes. Imaginó otro título para este *Amor divino*, como el de *Salomé* para el *sensual*. Le humanizaba, le daba una afirmación que podría parecer algo herética á los tartufos y los fariseos; pero que tenía una expresividad realista ajena al simbolismo abstracto de este otro título.

Era y es *Santa Teresa*, la Santa Teresa lejos de su mesa de doctora, lejos de su corte de fundadora, lejos del tranquilo esparcimiento de cultivar su huertecillo monacal.

Santa Teresa, extática, iluminada, enardecida en la suprema ansiedad del Esposo. Santa Teresa, más que sola, aislada de la vida coetánea para una entrega exaltada á la vida sobrenatural.

Y aquí, frente á esa flameante belleza morena de sierva de Dios, con toda su juventud encendida, es donde se comprende cómo la afirmación de Salvador, el fraterno exégeta, no

es del todo aventurada. («Este arte suyo definitivo no es otra cosa que la escultura moderna castellana, de la que él—perdone el lector la modesta verdad—, de la que él es el creador.»)

Moderna castellanía injertada en la antigua, en la ejemplaria eterna de un Berruguete ó de un Juni. Moderna en lo que tiene de sintética y estilizante, en lo que significa de atormentada intelectualidad; pero de una tradición indudable en lo que supone de fervor místico lindante con el sensualismo, tal como el arte cristiano español ha sido en todas las épocas.

Pocas obras conozco más irradiantes de pasión que esta rígida y contenida palpitación de *Santa Teresa*. Pocas tan religiosamente españolas, también. Sin sangre trágica, sin monjil dulzonería, sin repelente realismo ascético. Española religiosidad de mujer morena, fuerte y juvenil, consumiéndose urente en la hoguera de sol de Castilla...

ooo

Al lado de esta figura, que es algo aislado y formidable en la moderna escultura de nuestra patria, todo, aun teniendo el nervio lanzador y la solidez constructiva que caracterizaba á Madariaga, retrocede á segundo término.

Y sin embargo, hay otras obras que no se resignan á pasar inadvertidas: el busto en escayola de Salvador Madariaga; el *Cristo*.

El busto de Salvador Madariaga, aparte de la fidelidad fisonómica, extiende grandeza filosófica. Se acerca, sin servilismo escolástico, á las mejores testas de los griegos aquietados del prejuicio de la gracia. Es la cabeza de un hombre de pensamiento á quien iluminan fulgores de corazón. No el pensador frío, reseca de cerebralidad, sino el hombre donde el análisis no congeló la sensibilidad. ¡Y con qué ternura delicadísima, con qué sabiduría no exenta de cordialidad está modelada esta cabeza admirable hasta en sus menores detalles! De tal manera fué sutil la creación del artista en ella, que luego la fundición no alcanzó apenas sino la remota apariencia.

En cuanto al Cristo, un Cristo que á flor de mirada sugiere arcaizantes reminiscencias, se concreta luego en una pureza de revelación, en un personalismo casi agresivo. Y recordamos aquella sonrisa amarga del amigo desaparecido, aquella mirada fija de los ojos claros, aquel agitar de sus manos esqueléticas donde fulgía una rara gema...

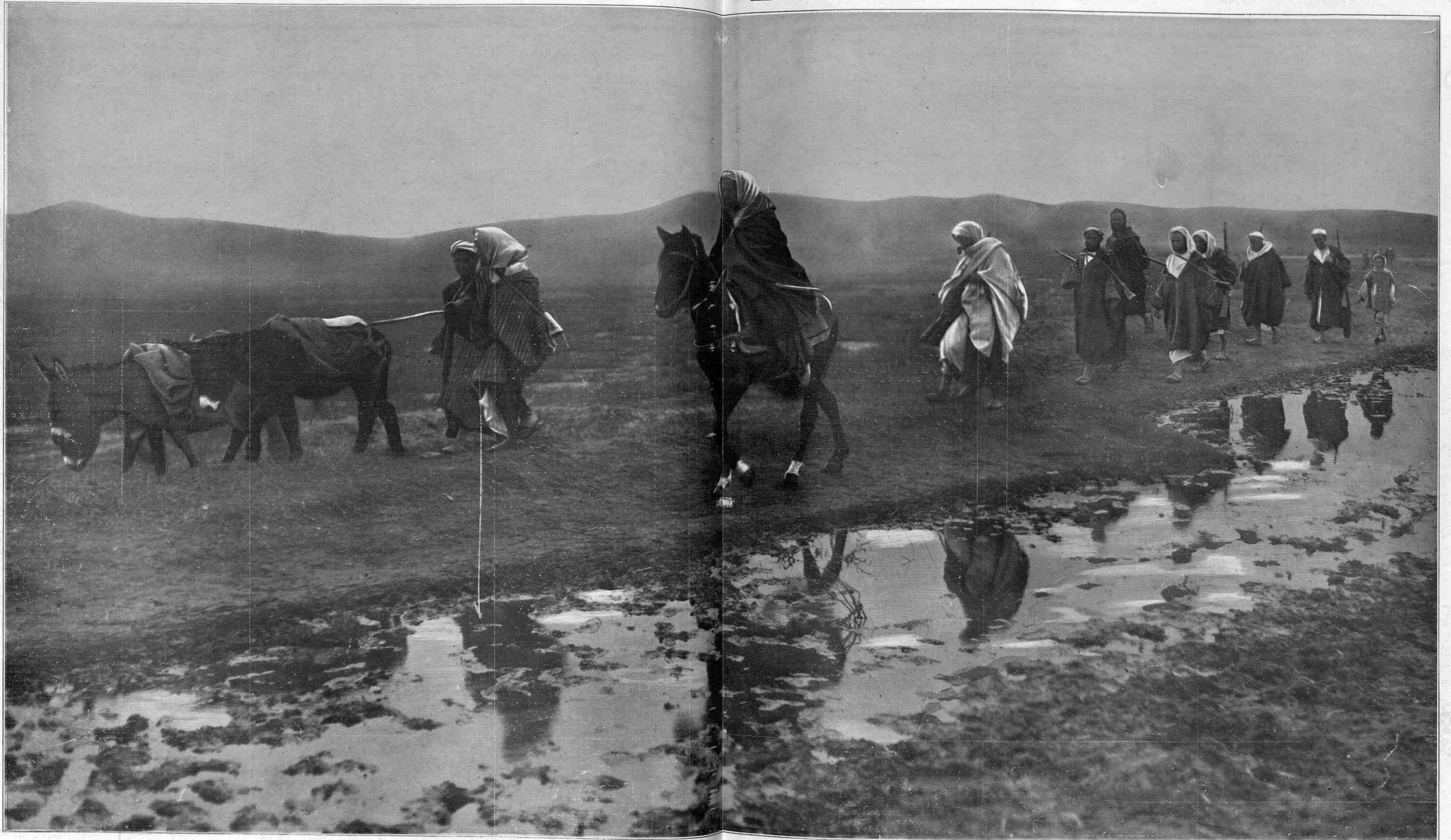
Y pensamos que él había creado este Cristo para sí mismo, para dar á su alma escéptica un norte sencillo, humilde, cándido, de primitiva ingenuidad.

José FRANCES



«Amor divino» (detalle)

ESCENAS DE LA GUERRA



En la fría mañana invernal, y destacándose sobre el fondo grisáceo del árido paisaje riense, avanza lenta, chapoteando sobre el suelo encharcado por la lluvia nocturna, la kabila vencida... Los que fueron nuestros adversarios enconados sintieron el peso de las armas, del progreso y la civilización, y temerosos del castigo inexorable que habría de imponerse á sus traiciones y crueldades, de no rendirse sin condiciones al triunfador, marchan en lúgubre éxodo hacia las líneas españolas para realizar acto de sumisión. La cámara fotográfica ha sorprendido este emocionante episodio de la campaña con un raro acierto artístico, dando á las figuras, al ambiente y á la composición verdaderos valores pictóricos.

FOT. DIAZ

CAPITALES ESPAÑOLAS
CUENCA

No se hizo Cuenca para ciegos», reza un antiguo refrán, refiriéndose, sin duda, á la posición y asiento de esta enriscada ciudad de Castilla. Colocada Cuenca sobre una colina ó cerro elevado, de peña viva, está separada de otros dos más encumbrados, el de *La Majestad* y el del *Socorro*, por grandísimas profundidades, llamadas *Hoces*.

Corren por ellas los ríos Huécar y Júcar, rodeando la parte exterior de la muralla y uniéndose junto al desaparecido convento de Trinitarios, y porque su titular fué, en otros tiempos, Nuestra Señora de los Remedios, dice otro popular adagio: «Júcar y Huécar se juntan en el Remedio, y Cuenca en medio.»

El historiador Quadrado, en la descripción que trazara con diestra mano en su popular libro *Recuerdos y bellezas de España*, dice en esta sazón, refiriéndose á Cuenca: «La población se ensancha al par que desciende, como una cascada desprendida de la cumbre, y en lo más bajo el arrabal imita un remanso rebosando fuera de las murallas.»

Hemos preferido esta ligerísima reseña de la pintoresca ciudad, porque nadie como el mencionado historiador dibujó silueta más acabada, ni son más perfectas las publicadas por Rizo y el P. Risco en sus respectivas obras *Historia de Cuenca* y *España Sagrada*.

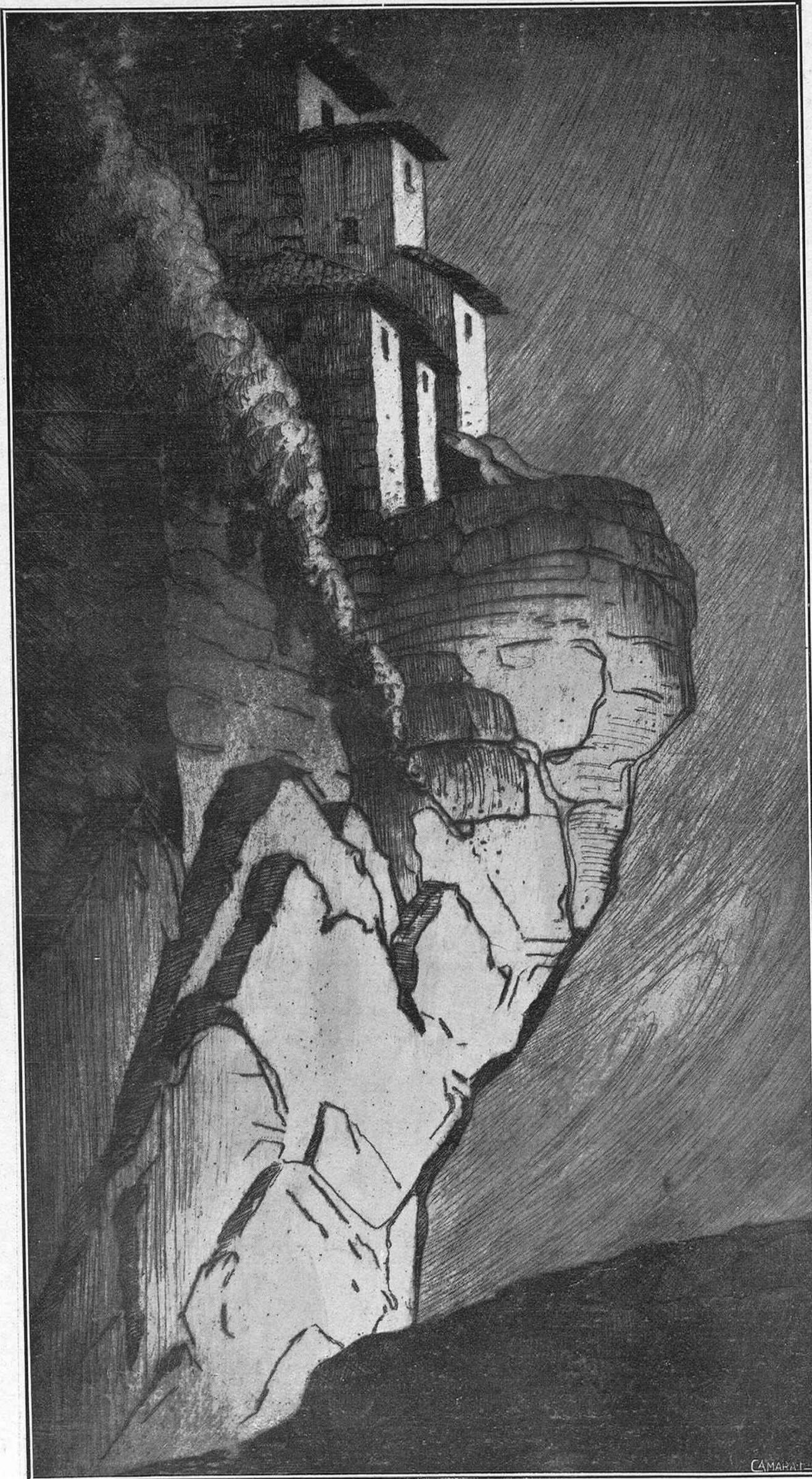
Cuenca, como la mayor parte de las ciudades castellanas, se afana en ocultar en las sombras del misterio las noticias exactas de su fundación, halagándose en dejar anchuroso campo á las fantásticas y variadas disquisiciones de historiadores y cronistas.

Señora, en otros tiempos, de rancia estirpe, desciende hoy desde la cumbre del cerro, buscando en la planicie los presentes y caricias de la civilización. Colocada en la antiquísima *Thobelia*, *Kar* ó *Lobetum*, que los griegos llamaron *Lebetión* y los romanos *Concha*, godos y árabes continuaron el nombre latino *Kunka*, siendo la común opinión que, aunque no muy lejos de ella, existen las ruinas de la antigua Valeria, Cuenca data, á lo sumo, desde los tiempos primeros de la época sarracena; apoyando los cronistas modernos tan autorizada opinión en el mudo testimonio del hoy derruido castillo de *Conca*, refugio del insurrecto *Hafsún* y del último rey toledano *Yahia*. Más tarde, esta inexpugnable fortaleza fué otorgada por *Aben-Abed* al rey castellano Alfonso VI con la mano de la bellísima Zaida. Por su estratégica situación, Cuenca debió ser por largo tiempo el antemural de las armas invasoras.

Conquistada varias veces por los mahometanos, y recobrada por los heroicos adalides Alvar Fañez y Ruy de Minaya, la ciudad debió su definitivo rescate del yugo sarraceno al valeroso rey Alfonso VIII, el cual, después de nueve meses de asedio, logró colocar en el minarete de la mezquita su estandarte vencedor, el 21 de Septiembre de 1177.

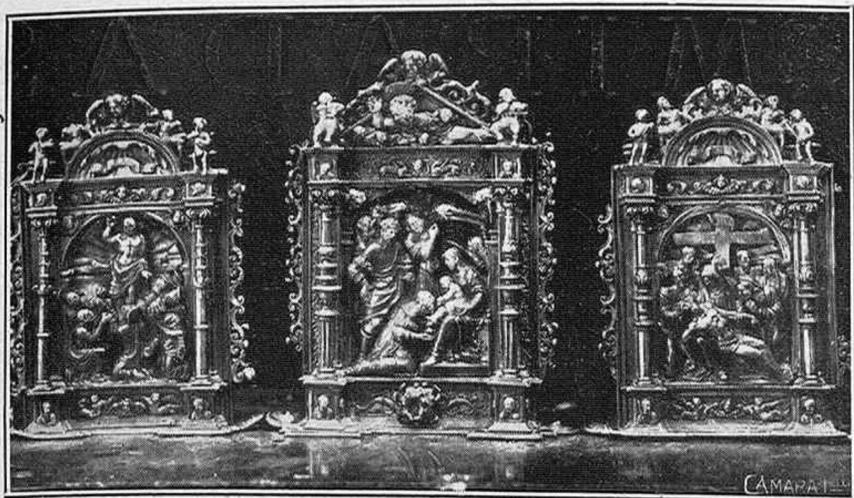
Desde entonces comenzaron á poblarla pecheros y vasallos cristianos de la antigua Extremadura, conservándose aún sus vestigios en el apartado rincón de «La Judería» y en el barrio morisco, colocado al pie de la airosa torre de «Mangana».

En la biblioteca del Escorial se guarda un códice conteniendo el Fuero de Cuenca, otorgado á la ciudad por Alfonso VIII y escrito en latín romanizado. Según el proemio de tan curioso documento, fué escogida Cuenca

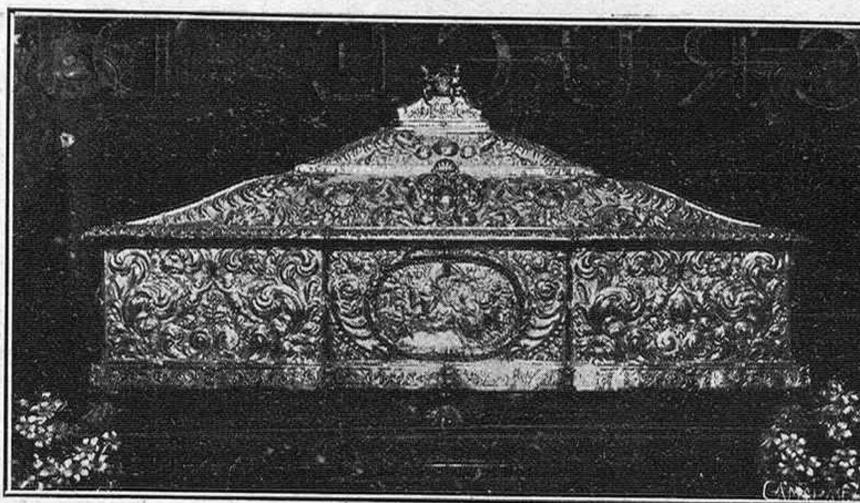


Las casas del Obispo, en Cuenca
AGUAFUERTE DE CASTRO GIL

CAMARAT



Portapaces de plata, obra de Becerril, que forman parte del tesoro de la Catedral de Cuenca



Arca de plata, donde se conservan los restos de San Julián, patrón de Cuenca

por su egregio conquistador para hacerla *su concha* y que encerrase en su seno la perla de su persona y real familia. No se contentó con sólo esto el vencedor de las Navas, sino que, más tarde, ennobleció la ciudad,

otorgándole voto en Cortes y dándole por armas gloriosas un cáliz de oro en campo de gules, cargado de una estrella de plata; la estrella, en memoria de la bendición de las banderas, efectuada en el día de Reyes, y el cáliz por haber alcanzado victoria sobre la morisma y entrando triunfador en Cuenca el día de la festividad de San Mateo. La popular y no desmentida tradición afirma que la primera piedra de la Catedral conquense fué colocada también por Alfonso VIII, cuya magnífica obra acabó de fabricarse en 1654. Este magnífico templo, llamado por un crítico moderno «la perla de las catedrales», constituye una soberbia maravilla del arte gótico primitivo, con resabios acentuados del bizantinismo en sus detalles.

Túvose en tan alto y merecido aprecio á la ciudad del cáliz y la estrella, y recibió tales honores, mercedes y privilegios de los Reyes Fernando III de Castilla, Alfonso X, Sancho IV (el reformador del Fuero conquense) y Fernando IV, que sus exenciones hicieron popular el adagio: «Di que eres de Cuenca, y entrarás de balde.»

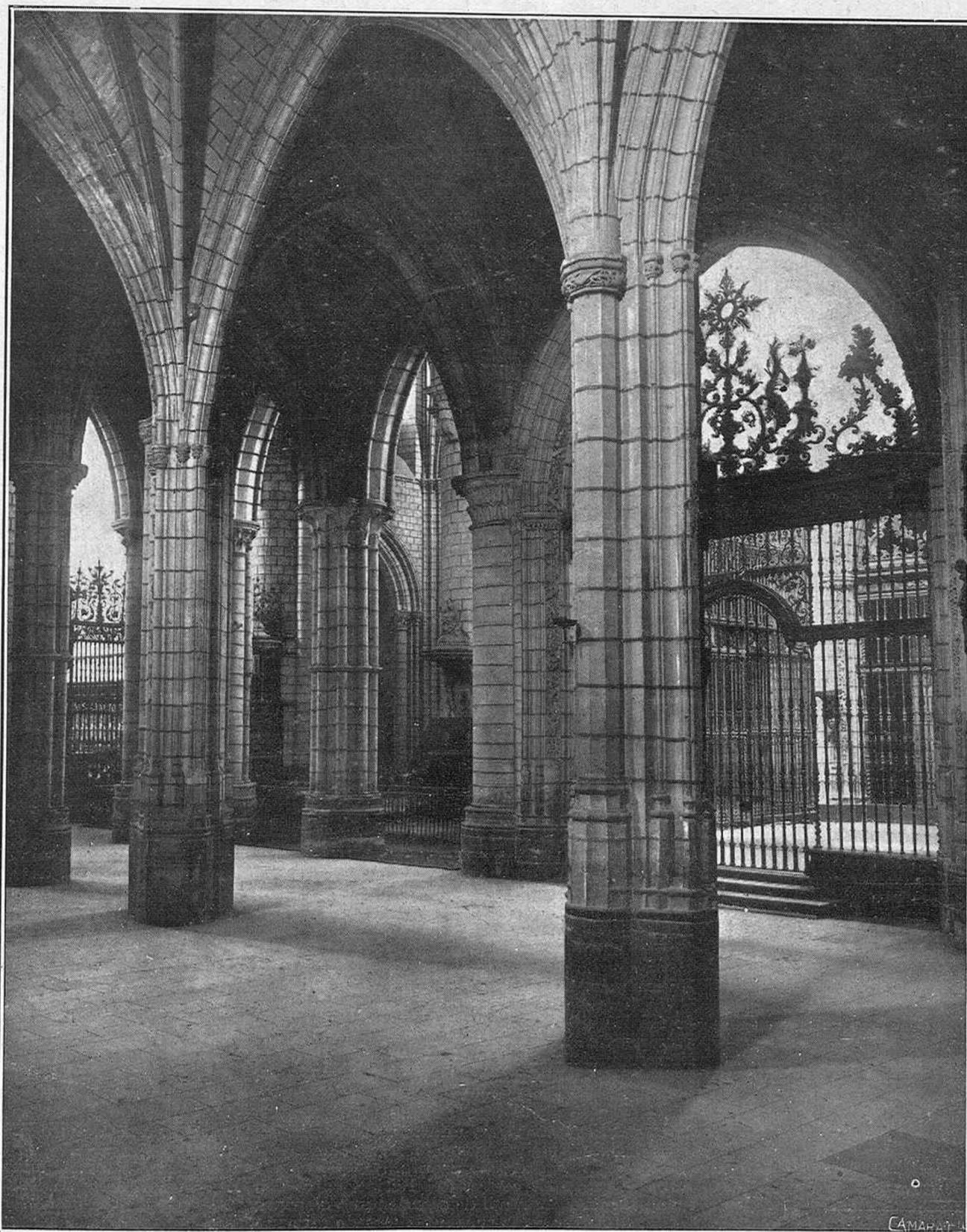
Las violencias y tropelías de Don Pedro I hicieron que los conquenses se declararan abiertamente en favor y defensa de la infortunada Doña Blanca y que llegasen á proclamar como Rey al de Trastámara, aun en vida de su hermano. En el año 1381,

Cuenca fué teatro de una sangrienta matanza de judíos; conservóse fiel á los Reyes Doña Isabel y Don Fernando, y en sus muros se desarrolló terrible drama en los trastornos de las Comunidades de Castilla. En los últimos siglos, esta ciudad sufrió grandes infortunios, innumerables depredaciones: primero, el bombardeo de los ingleses, en 1706; después, el saqueo francés, en 1808, y, por último, el asalto de los carlistas, en los días 15 y 16 de Julio de 1874, fechas todas luctuosas en el historial glorioso de esta sufrida ciudad de Castilla.

Entre las valiosas joyas que se admiran en la Catedral de Cuenca, figura la magnífica y artística arca de plata donde se guardan las reliquias del glorioso obispo San Julián, obra debida á la munificencia del egregio prelado don Alonso Antonio de San Martín (1694).

Se guarda también en el tesoro de la Catedral un portapaz de plata, obra del orfebre conquense Francisco Becerril. Esta joya de indiscutible mérito «recuerda los esmaltes tras lúcidos de Siena, marcando cierta semejanza con un pequeño retablo del Renacimiento es pañol».

En cuanto á la parte literaria, hoy conserva Cuenca en el tesoro de sus recuerdos leyendas tan sugestivas como *La Cruz del Convertido*, *El ajimez de la mora* y *La casa de las rejas*; en todas se habla de trágicos amores, de valerosos donceles y apasionadas doncellas, que la fantasía popular hace pasar como hechos rigurosamente históricos.



Interior de la Catedral de Cuenca
FOTS. CAMPOS

Anselmo SANZ SERRANO

CRUCE DE MIRADAS



Todos, en esta pobre vida, hemos pasado alguna vez junto a la mujer que nos estaba destinada, y a quien estábamos destinados nosotros. Casi nunca es o llega a ser nuestra esposa, nuestra novia o nuestra amiga; no es siquiera una conocida nuestra, sino sólo una criatura arcana, y, en ocasiones, de una esfera social opuesta a aquella en que nos debatimos. Se trata, empero, de *nuestra mujer*, aunque ya sea de otro y de nosotros no lo sea jamás: lo advertimos en cómo sus pupilas buscan las pupilas que las están mirando, en la chispa de simpatía que entre ambos brota de improviso, en el «flechazo», en fin, tan subconsciente y tan irrefragable.

Un domingo, por la tarde, cierto buen padre de familia, joven todavía, se halla en un palco de teatro con sus hijos y la madre de sus hijos. Desde otro palco, una chiquilla de catorce años—la edad de Julieta—y largas trenzas negras no aparta del tal sus ojos ojerosos, mientras él, poseído de inquietud, tampoco puede

apartar la suya de la mirada adolescente. No se han visto hasta entonces, ni volverán a verse acaso; pero *se han reconocido*, y no se olvidarán en adelante. Si los supieran, podrían traducirse mutuamente los divinos versos de Rossetti: «Mírame, soy Lo que pudo ser. También me llaman Nunca más, Demasiado tarde, Adiós.»

Un hombre viaja solo en un departamento de ferrocarril. Invierno, prima noche. Antes de acostarse, estando el tren parado en una estación cualquiera, aclara con sus manos los cristales opalinos de frío, para curiosarse otro tren que hay en la vía contigua y que dentro de dos segundos partirá en sentido inverso. Tras la ventanilla fronteriza, una mujer desempeña asimismo la vidriera. Es *ella*. Mas el convoy que la conduce huye de pronto...

En el paseo de coches del Retiro, entre dos luces. De un automóvil descienden una elegante rubia, un señor maduro, un pomerania mimado y antipático; no hace buen día, y quizá quieren desentumecer las piernas, quizá desean únicamente distraer al perro... Sin hablarse, parecen

casi hostiles. ¿Un matrimonio, padre ó hija, una pareja sospechosa?... Al desfilarse ellos por delante del banco más cercano, un poeta bohemio que soñaba allá, que no había almorzado aún y merendaba efluvios de jardín con rimas, ha levantado la cabeza sin saber por qué, tropezando sus ojos con otro par de ojos y produciéndose el chispazo inconfundible; así debieron de mirarse en el primer encuentro Gerineldo y su reina. El la seguiría, pues demasiado *ha comprendido*. Pero el señor maduro sube de nuevo al «auto», abrigándose con un *plaid* y sujetando sobre sus rodillas al bichejo, que ladra. Ella ha quedado, adrede, la última, y en tanto da una orden al *chauffeur*, tiene su mano un mohín de adiós..., el *lasciate ogni speranza* de lo que no será.

Un cruce de miradas implica á veces todo un aviso de los hados, porque el mundo está lleno de mitades errantes que se invocan desesperadamente con afonos conjuros á través de un abismo.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

DIBUJO DE ECHEA

DE LA FRIVOLIDAD DEL MOMENTO

ERES tan bella, que no ha podido destruirte la vulgaridad. Siempre, siempre, á pesar de los libros y del periódico, del cine, de las estampas, del *bibelotage* en los bazares, de los bailes de máscaras, del teatro; siempre seduce con su misterio eterno y frágil la musmé, diminuto búcaro de porcelana con un alma en flor. Pero, al mismo tiempo, nada hay tan absolutamente calumniado. No importan tus ejemplos de heroicidad moral y de increíble energía física, ¡oh, mujercita del samurai antiguo y del moderno reformador, al que ayudas á desviar el curso de la Historia! Las gentes occidentales te calificaron de mariposa humana, juguete vivo, sonrisa y cortesía; y será inútil que nadie intente, no ya que se reconozca tu grandeza, sino que se te conceda el derecho á considerarte de carne y hueso. Tu sombrilla de papel engomado, tu estuche de laca con las tazas de té, tu guzla, el quiosco de bambú, el sagrado ibis, los

crisantemos...; he ahí las encantadoras mentiras de que no has de desprenderte nunca, porque ellas constituyen la única, la incommovible verdad tuya.

Pero no sufras ni te entristezcas demasiado. También nosotros podríamos ofrecerte casos de profanación como el que lamentamos por tu causa. ¿No has oído hablar de Frivolina, de la señorita Frivolidad? Es una *petite femme* que tiene por corazón una burbuja de *champagne*. Con sus angelicales diabluras trae alborotado al país, impidiéndole un trabajo serio, como una mosca que se pasea por la calva de un sabio, empeñada en no dejarle meditar. Casi justificamos la terrible cruzada con que la persiguen las gentes sesudas. ¡Ay! Lo malo, lo enorme, es que la mayoría de las veces creen los espontáneos polizontes haber detenido á la Frivolidad, y no hicieron sino destrozar con sus manazas bellezas inefables! A estas tragicómicas equivocaciones nos referíamos al pretender consolar á madame Crisantemo de la injusticia europea. Sepa que en Iberia abundan los fallos perezosos y obstinados en el error, como el que perpetúa á la hembra oriental en muñeco de tómbola.

Primero, se proclama la existencia de la Frivolidad, cuando apenas la conocemos. Segundo, se aplica ese nombre á muchísimas cosas que no le merecen, porque su ligereza no significa Trivialidad. El vocablo que hoy se maldice sobre todos, está en nuestro Dicionario, aplastado entre sus hojas como una mariposa ó una flor. Donde no se sabe su sentido es en la vida española. Faltan refinamiento y sensualidad intelectuales al pueblo, y le sobran incomprensión y agresividad. Aquí donde la más sonada tiple de opereta adorna su *boudoir* de musa despreocupada con el retrato de su señor papá, ampliación al carbón y marco dorado; y hay que ver la imagen de alcalde rural en medio de los almohadones, espejos y apliques de luz, naturalmente en estilo inglés. Y aquí donde un crítico literario y de teatros rompió á zarpazos y mordiscos la cubierta de un libro que en nuestra presencia le trajo el correo, por hallarse decorada elegantemente, con alusiones de cerámi-

ca popular. El ilustre mentecato que desde un rotativo madrileño juzga la producción de los artistas, se sublevó contra el deseo de embellecimiento del volumen. Aquello le parecía cosa de señoritas. ¿Se comprende cómo no se aclimatará la Frivolidad, al fin y al cabo privilegio señorial, arabesco de lo insubstancial, en la tierra de sirenas como la tiple y de catadores de la belleza como el crítico? Se falsifica el coquetón desenfadado frívolo, como en las tabernas se hace *champagne* con vino blanco y seltz...

Luego viene lo peor. Se ha puesto de moda la palabreja esa de Frivolidad, y ya nada, como no sea aburrido, iracundo ó definidor, se libra del mote despectivo. Unos cuantos astutos monopolizadores de la sabiduría nacional, que no asomando al público sino en actitudes proféticas y ayudándose con el bombo mutuo, aspiran á constituir una casta de sacerdotes, y mientras tanto ejercen de Junta de Defensa del gremio, en contra de éste; esos honorables sociólogos, filósofos y acaparadores en nombre de la Austeridad y la Rebeldía, dieron con el vocablo que habían de esgrimir como Júpiter sus rayos. Ellos aseguran ser profundos, y las gentes sencillas sólo sabemos que carecen de esbeltez intelectual, que abruman con su pedantería, su egolatría y su plúmbea condición. Apostados tras la triple trinchera de sus cualidades, contemplan el campo, y cuando surge algo que obtenga éxito, y que no camine con la pesantez del hipopótamo, cádate la excomunión por pecado de Frivolidad. Y después permanecen tan serios los supremos magistrados de la Ética y la Estética. Y ocurre que los pobrecitos fantasmones que quieren figurar y no saben la manera de lograr el triunfo, copian á los sabios malhumorados, tildando de frívolo cuanto no les produce jaqueca. Por último, la rutina, la pereza del vulgo, han acabado de propagar la palabresencia. Es ya un abuso intolerable, un vicio de las clases llamadas cultas ste de tachar de frívolo á todo y á todos, como en las chulescas sus acostumbrados *timos*, por ejemplo, el de: *¡Una copita de ojén!*

No confundamos. Cierto que la época adolece de banalidad, indiferencia, novelarías y sensualismos fáciles, preocupaciones superfluas y un egoísmo macizo. Norabuena que se condene esto. Pero no vale ignorar ó fingir que se ignora la delicadeza, el *chic*, la gracia, no la de los chascarrillos, la ingravidez, el lujo de lo bonito. Una tanagra es más grande que muchas estatuas colosales. Wateau muere tísico á los veintiocho años y pintando sus cuadritos de alas de mariposa. ¿Queréis una Frivolidad con una entraña más dolorosa? Otro ejemplo: surge de los árboles un faisán con su plumaje y su vuelo magníficos. Se necesita ser un jumento, más ó menos consciente de las propias burradas, para acusar de frívolo á ese espectáculo del ave bellísima, por su ligereza, casi inmaterial. El faisán tiene un esqueleto, sangre, un corazón; nace, vive, muere... ¿Qué culpa es la suya si no nació *chancho* ó buey, pongo por animales no frívolos?

En fin, eterno país de la paradoja el nuestro: somos frívolos en culparnos de frívolos con demasiada Frivolidad.

Federico GARCÍA SANCHÍZ
DIBUJO DE TONO



DESAPARECIDO



Un hermano de la Doctrina Cristiana recogiendo los restos de unos soldados encontrados en la carretera de Dar-Drius

FOT. DÍAZ

Para mi desventurado amigo
T. P. de Azcárate.

La noche parecía eterna. Al sonar las horas en los sombríos campanarios, difundían el silencio por la capital de las Españas.

En el pequeño saloncito penetraba aquel silencio como una ola glacial; y el corazón de la dama y del caballero, dos en uno, escalofriábase y casi dejaba de latir. Era el caballero alto, seco, sarmentoso. Antaño debió ser altivo y desenvuelto. La dama, tiempo atrás, gozó fama de exquisitamente bella. Aún la justifica. En ambos rostros se asomaban las almas angustiosas; y los rasgos fisonómicos eran todo sentimiento.

La leve luz de la única bombilla eléctrica impedía detallar personas y cosas. Se adivinaba una mesilla con *bibelots* de brillos metálicos, amplios sillones, flotantes muselinas... En un ángulo, entre sombras, un mueble: quizá *secrétaire*, quizá piano... Sobre el mueble blanqueaba la cartulina de una fotografía: retrato de militar, tal vez mozo, tal vez apuesto. Sombras de la noche, ¿por qué os apoderáis de todo? También de la dama y del caballero. Mas no podéis apagar el brillo de una lágrima en el semblante de la dolorosa.

Nuevamente los relojes de la Villa dejaron caer dos graves notas, repetidas cerca y lejos como un eco triste que se asiera de torre en torre.

—*¡Las dos!*—suspiró la madre—*A esta hora volvía él.*

—*Y volverá otras veces*—afirmó valientemente el padre.

Una vibración de la corriente eléctrica aumentó por un segundo la luz de la bombilla y pudo atisbar el caballero cómo aleteaba la mariposa de la esperanza en los ojos de la dama. Cual si renaciera la vida en aquella tumba, los suspiros hicieron palabras, las palabras trenzaron un diálogo y en sus asientos removieron ambos personajes.

—*¿Crees de veras, Tomás, que volverá?*

—*¿Acaso podríamos vivir si no lo creyésemos?*

—*¿Luego le esperas?*

—*Lo espero.*

—*¡Oh! ¡Tú me engañas!*

—*Si te engañase, también me engañaría yo.*

El silencio, como un gran tirano impalpable, recorrió la estancia largo rato. Luego se agazapó sigiloso ante el tropel de recuerdos, que lo invadían todo.

—*¿Te acuerdas, Tomás, de sus pasos cautelosos cuando se retiraba á estas horas? Temía despertarnos, creyéndonos dormidos. Ni una sola noche entró sin que yo lo oyera.*

—*Ni yo*—musitó el padre.

—*Hasta entonces no conciliaba yo el sueño, tranquila.*

—*Y yo, orgulloso*—añadió el caballero—. *Orgulloso de verle hombre libre, independiente, rebotante de salud, de alegría, de amores..., hasta*

de audacias. Como yo las tuve en mi mocedad, cuando el ayer no existe y el presente no se mide y el mañana no se vislumbra. En él veíame yo hace cuarenta años, entrando en el asilo paternal, tras la noche tumultuosa, placentera, atrayente como el mar, siempre la misma y siempre varia.

Nuevo silencio, más vacío que antes, más hondo...

Para realizarlo, por un instante crepitó sordamente un «auto». Pronto se desvaneció su rumor en lejanía. Luego, el silencio otra vez. Ni el crujir de un mueble, ni una pisada, ni un aleteo, ni un soplo... ¡Nada! Ya cerca del amanecer, los dos desventurados cayeron en profundo letargo. Mas de improviso, despertaron sobresaltados.

—*¿Has oído?*—preguntó ella.

—*St... No sé*—repuso el caballero, levantándose, oído alerta.

—*¿Será él?*...

Y como tantas otras noches, repitieron, uno de otro en pos, la corta y angustiosa peregrinación. Primero, á la escalera, con su obscuro hueco mudo; después, al balcón, como atalaya sobre la calle abandonada; y por fin, el retorno postrador á la estancia familiar. Cuando fatigados por el desencanto se desplomaban en los asientos, el sollozar de la madre, reprimido, entrecortado, semejava el estertor de un alma.

La luz del día, con los mil ruidos del vivir humano, les envolvía alentadora. Parecían heraldos de su felicidad los primeros pregones de la Prensa matinal. Febriles por la esperanza y el insomnio, recorrían vorazmente las noticias de la guerra. ¡Inútilmente siempre! También por la noche revivía la confianza ante las frescas hojas noticieras.



D. TOMÁS PÉREZ ANDRADE
Teniente de Infantería (desaparecido)

Luego, á esperar.

Otra noche más. Sentábanse siempre en los mismos sillones, en la misma estancia, cerca de la alcobita desierta como nido abandonado. Cierta que á tales horas no arriban trenes; pero... llegan telegramas y automóviles y hasta aviones... ¡Quién sabe!...

Nadie daba razón de él. Ni los altos Poderes, ni los jefes, ni los compañeros. Sus propios hermanos, que en su busca removieron cielo y tierra, regresaron abatido el rostro y silenciosos.

—*¿Zeluán, Zeluán! Alcazaba maldita, ¿por qué no hablas? ¿Por qué no matas de un golpe todas las esperanzas ó las das vida?*

«DESAPARECIDO»: palabra oficial que es todo un misterio de dolor.

Al sonar en las lejanas alturas la hora más solitaria de la noche, el dolor trocose de súbito en roja ira.

—*¡Maldita guerra!*—bramó la leona ansiosa del cachorro.

Y como una cascada de desesperación, de aquellos labios, febriles por besar, brotaron agravios, afrentas, denuestos, injurias..., casi blasfemias.

El caballero asentía con su silencio.

Aun sintiendo como la enloquecida, el atormentado padre intentaba encalmar tanto dolor.

—*¡Era su deber!*—musitaba caballeroso.

A la exaltación sucedía el silencio nuevamente. Recobrando poco á poco la normalidad del dolor, sus palabras eran mezcla extraña de anatemas y conjuros. De pronto, interrogaba á lo Desconocido:

—*Y si murió, ¿por qué murió? ¿Quién le forzó á morir? ¿Quién le abandonó? ¿Puede, acaso, una madre cambiar el hijo de sus entrañas por esa palabra seca como la arena del Desierto: ¡DESAPARECIDO!?*

Entonces, la madre, frenética, lanzaba por ojos y boca mil insultos, breves, rotundos, contundentes... é impersonales, para que á todos y á todo alcanzasen. Sólo la fatiga refrenaba aquel desatado huracán.

Y las horas, lentas, transcurrían, contadas por la voz funeraria de los lejanos relojes.

Sonaron las dos. Y otra vez, dulcemente, amansada por el dolor, tornaba á susurrar la amorosa madre:

—*¡A esta hora volvía EL!*

—*Y volverá otras veces*—repetía también el caballero.

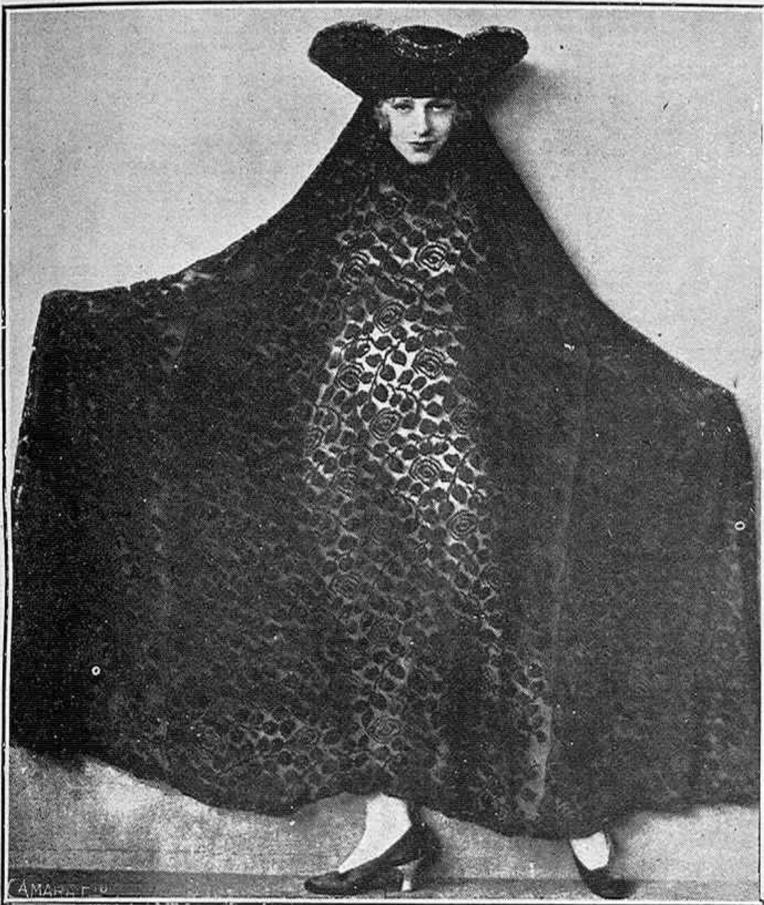
—*¿Cuándo?*—ávida interrogaba ella.

—*Hoy mismo, mañana, un día ú otro*—afirmaba el padre, rotundamente—. *Le esperaremos siempre, ¡siempre!, aunque vivamos diez años, ciento, mil... Si eternos fuéramos, eternamente le esperáramos.*

—*St, Tomás, st. Eternamente. Porque esperarle ¡¡¡es como si viviera!!!...*

FERNANDO PERIQUET

DE NORTE A SUR



Uno de los mayores éxitos teatrales de la temporada invernal londinense lo ha alcanzado no una obra, como pudiera creerse, sino una *toilette* sumaria, constituida por un amplio manto negro de viejos encajes venecianos y un sombrero *marquise* de terciopelo del mismo color. Este original atavío lo luce una preciosa artista, miss Mesim Stewart, en un cuadro de cierta comedia musical que lleva por título *La leyenda de la antigua Venecia*. Lo señalamos á la atención de los confeccionadores españoles de esa clase de espectáculos. Un coro de segundas tiples envueltas en esa sugestiva *parure*, daría mucho dinero al teatro que lo presentase.



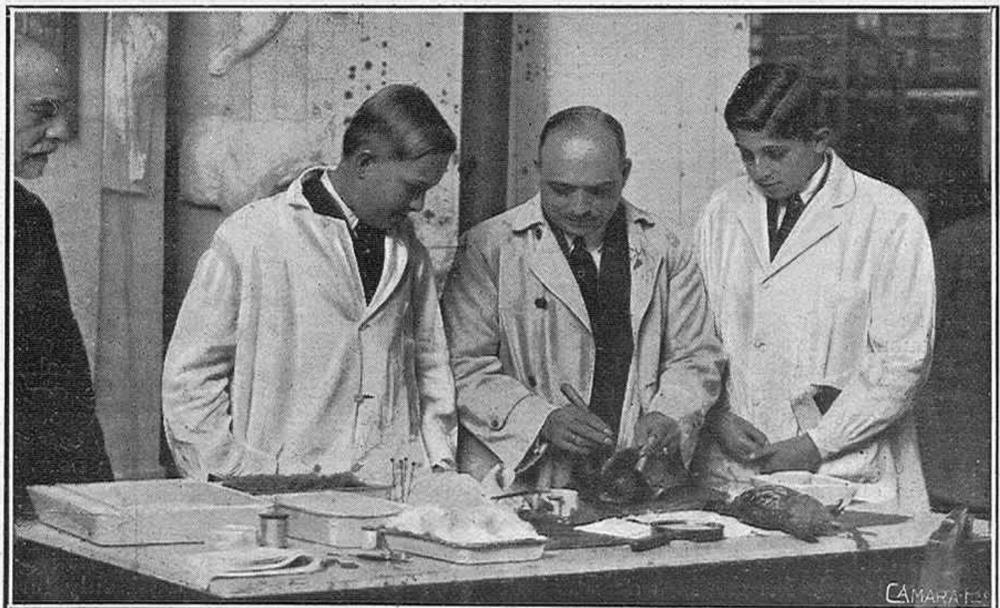
El sábado 14 del actual se verificó en el Salón de Juntas de la Asociación de la Prensa un sentido homenaje á la memoria de su insigne fundador D. Miguel Moya. Consistió este hermoso acto en descubrir un admirable retrato del gran periodista, obra del notable fotógrafo Alfonso. Presidió el homenaje el ministro de Gracia y Justicia y presidente de la Asociación, D. José Francos Rodríguez, quien pronunció un elocuente discurso enalteciendo la obra del inolvidable maestro de periodistas. También pronunció sentidas palabras en elogio del fundador de la Asociación su vicepresidente D. Rufino Blanco, director de *El Universo*. Gran número de socios asistió al acto, que resultó por todos conceptos brillantísimo. FOT. ALFONSO



Pocos ejemplos tan dignos de ser imitados por nuestros artistas organizadores de asociaciones de conjunto como el que ofrecen los jóvenes músicos catalanes fundadores del «Trio Hispania», plenos de fe, entusiasmo y constancia por la tarea que han emprendido, con el brillantísimo éxito que los amantes de la música conocen, al fundar una agrupación musical del simpático atractivo artístico del referido trio. Lo constituyen los Sres. Luis Bonaterra, Luis Pichot y Ricardo Pichot, pianista, violinista y violoncelista, respectivamente. Fundado el trio antes de la guerra, ha dado conciertos en diversas capitales de Europa con éxito cada vez mayor, proyectando en la actualidad una extensa *tournee* por el Extranjero para dar á conocer nuestra música de cámara. Luis Bonaterra Gras hizo sus estudios de piano en Barcelona, bajo la dirección de Granados y Viñella, y la armonía y el contrapunto con Pedrell, perfeccionándose en París con Monturiol. Es, además, un compositor distinguido. Luis Pichot estudió en Barcelona con el maestro Gay, después fué discípulo de Crickboom, siguiendo á éste á Bruselas y perfeccionándose en París con Thibaud. Ricardo Pichot, hermano de Luis, comenzó á estudiar la música en Barcelona con el maestro Gay, y el violoncelo con Gilli, siendo más tarde discípulo de Dini y perfeccionando sus estudios en París con Casals y Salmón. FOT. VIDAL



Interpretando fielmente el sentir de todos los sectores de la intelectualidad española, el representante de la República Argentina, D. Roberto Levillier, rindió el martes 17 del corriente un homenaje de admiración y gratitud á los insignes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, fundadores del Teatro Cervantes, en Buenos Aires. Verificóse la fiesta en el Hotel Ritz, con asistencia de todas las personalidades que brillan en el mundo literario y artístico, de la Prensa y de la política. Nuestra página recoge una interesante nota fotográfica relativa á este importante acontecimiento de la vida social madrileña. FOT. MARÍN



El Príncipe de Asturias y el Infante D. Jaime asistiendo á una lección de taxidermia, dada por el profesor Sr. Benedito en el Museo de Ciencias Naturales FOTS. ALFONSO

LA IMPORTANCIA DE LAS COSAS PEQUEÑAS

El fin de la vida humana es la persecución de lo importante. Es decir, la energía vital desplegada en todas sus direcciones orgánicas y psíquicas hacia las mayores posibilidades de los estados transcendentales: esas situaciones de la vida que quedan marcadas con la fecha de una efeméride, como se señalan ciertos pasajes de los misales con las cintas votivas de colores. Y sólo se establece carácter de valor importante á cuanto ejerce una influencia máxima en la directriz de la vida. Esas situaciones, esos momentos, esas causas importantes son las agujas que nos conducen por una ú otra vía. Ellas cambian totalmente la marcha, desvían el rumbo, nos precipitan en el desastre ó nos elevan á la victoria. El triunfo ó la derrota de la vida depende de esos episodios transcendentales, de esos momentos en que se ventila y decide el porvenir. ¡Cuántas veces hemos oído las palabras reveladoras!... «Estoy en un momento crítico de mi vida...» Momentos críticos que asustan, pero que no hay otro remedio que afrontar. Es inútil renunciar á ellos. Se presentan ante nosotros, surgen en nuestra vida de pronto, como si salieran de repente del suelo de nuestro camino y se alzarán inconcebiblemente. Pero las raíces las tienen prendidas muy lejos. Lo espontáneo en esas cosas importantes no existe. Desde mucho tiempo antes se han ido poco á poco preparando, y un experto observador, un espíritu capaz de recoger y analizar anatómicamente el desenvolvimiento de la vida podría haberlos prevenido y estar ya de antemano preparado, al acecho del suceso por llegar. La vida es un encadenamiento de hechos, de tal modo que sin lo que fué no puede suceder lo que será.

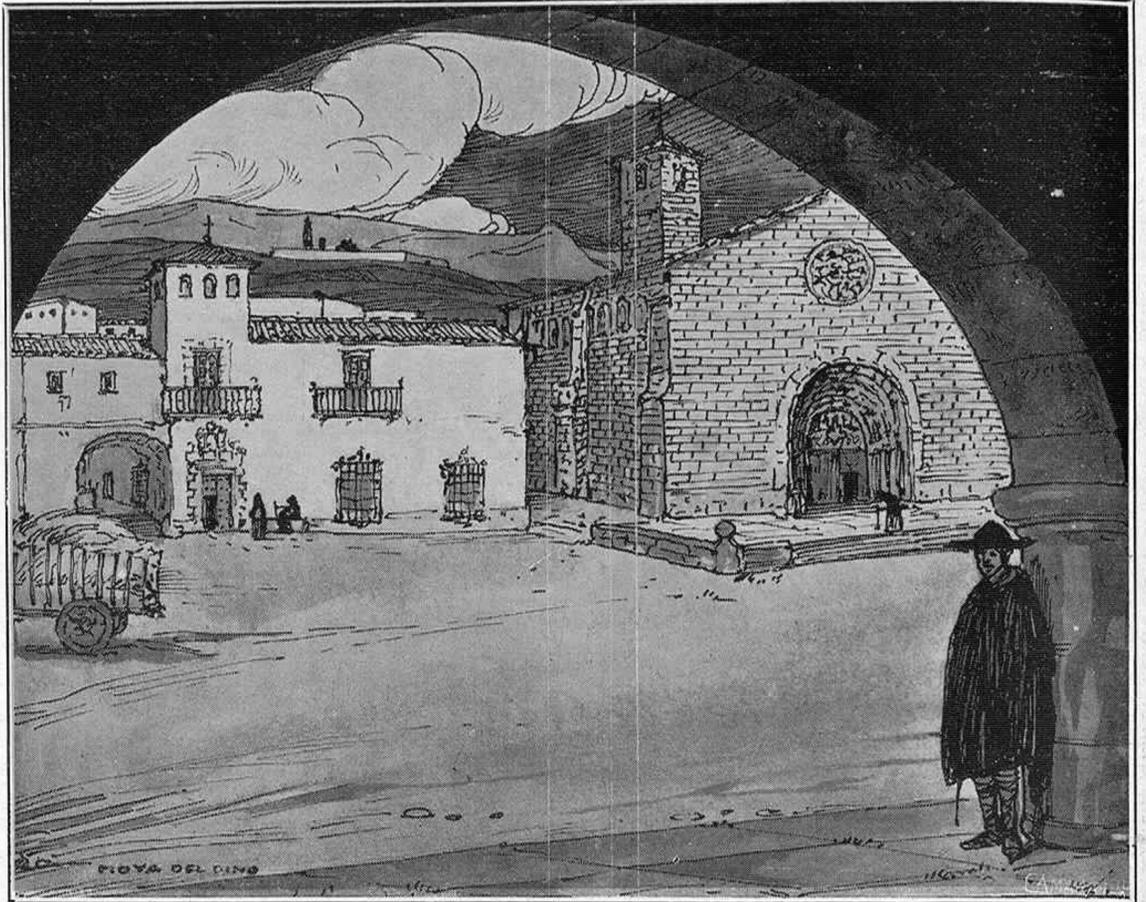
Pero esos instantes se nos aparecen con el prestigio de una improvisación sorprendente. Ante ellos nos quedamos suspensos, y en vano tratamos de explicarnos el acontecimiento. Lo único que se nos ocurre decir es: «¡Quién iba á sospechar que pudiera ocurrirme esto!» Esas son las palabras que pronunciamos para responder á la pregunta inquietadora. En esos instantes se trata de conseguir una serenidad absoluta, no perder el ritmo de la vida, para poder dominar ó sacar todo el partido posible de la situación.

Pero esas cosas importantes, que llegan á ser como una espada que divide nuestra vida en dos partes, que son los jalones de nuestro camino, ¿de dónde provienen? ¿Cuáles son sus causas? ¿En dónde se halla enterrada la semilla que las hizo brotar?... La contestación de estas preguntas, la resolución de la ecuación vital que plantean, constituyen el nervio de la continua transformación del panorama episódico de nuestra existencia. Esas cosas importantes son el carácter de la vida, la falsilla sobre la que se escriben las biografías.

Estas cosas importantes, esos resultados transcendentales que hemos señalado, tienen su origen en las cosas pequeñas. Son como interpolaciones en una progresión indefinida. De aquellas cosas que fuimos dejando desparramadas y perdidas á lo largo de nuestra vida, como en la noche se van sumiendo en la sombra los colores, depende todo. Las pequeñas cosas lucen en un chispazo, el pequeñísimo y fugaz instante en que las sentimos. Pero es tan leve, que no las concedemos la menor importancia y las damos de lado, como se espanta á un mosquito importuno. No obstante, en ellas está la importancia de lo importante. Precisamente en esas cosas pequeñas, despreciadas, nunca tenidas en cuenta. En ellas se incubaba lo transcendental. Son los cimientos sobre los que surgirá el edificio de los acontecimientos capitales. En un minuto, que nos cruzáramos en la calle con la mujer que conocimos para el amor. En unas palabras dichas inconscientemente y que nos granjearon el aprecio y la estimación de quien luego fué nuestro protector de por vida. En el libro que leímos. Hasta en la flor que nos pusimos en el ojal. En esas pequeñas cosas se halla la preparación de los grandes acontecimientos, que cuando llegan nos sorprenden, como si se hubieran realizado de pronto y en sí mismos.

La importancia de las cosas pequeñas es la importancia del resultado de la vida. En ellas

VIEJA PLAZA ESPAÑOLA



Una ancha plazoleta silenciosa.
Al fondo, un amplio caserón austero,
de secular escudo en berroqueña.
Casa «venida á menos»... como España.
Hoy la habitan misérrimas familias
al yunque atadas del trabajo, rentas
de las que «va viviendo» el descendiente
—crapuloso y político—
de algún rancio linaje de Castilla.

A un lado, un pasadizo tortuoso;
al otro, el atrio de una vieja iglesia
que perfila su cúpula en el límpido
y luminoso cielo de la tarde;
pobres casucas, y callejas pinas
que afluyen á la plaza; el empedrado,
entre la hierba húmeda y verdosa,
como extraño tropel de cráneos mundos

en un mar de esmeralda, se diría
un fantástico sueño del Rey Pedro
que, asesorado por Satán, hiciera
sembrar las testas de dos mil alcaldes!

Y en todo, una gran paz... de camposanto,
sólo turbada, espaciadamente,
por el rodar de una carreta — en Junio,
cargada de gavilla, y en Diciembre,
de leña, pasto para el llar amigo —,
por el premioso andar de alguna anciana
que hacia la iglesia se dirige, torpe,
ó por el malpocado pedigüño
que, con la mano eternamente abierta,
plañendo implora á la bondad que pasa...

Juan G. OLMEDILLA

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

espera temblando nuestra victoria ó nuestro fracaso. De nada podrá valerlos nuestra tenacidad, nuestro esmero, nuestro trabajo, si la disposición de las cosas pequeñas no se encadenan acertadamente. Y, ¿cómo saber y poder disponerlas de tal manera? ¿Quién puede ser tan diestro, tan sabio, tan experimentado que extraiga el sentido de lo imperceptible, de lo que verdaderamente lo tiene en potencia?... Podemos ir anunciando acontecimientos, viéndoles acercarse; pero es imposible crearlos nosotros. Nuestras facultades no alcanzan el dominio de las cosas pequeñas. Ejercemos mayor influencia en las grandes. Pero ante las diminutas somos incapaces, como náufragos en medio del mar; y ellas son las que se agitan en torno de nuestro paso, las hormigas, de las que nos reímos y aplastamos bajo nuestros zapatos sin presumir que habrán de devorarnos.

A veces, se acusan más las cosas pequeñas en ciertas resoluciones, y entonces nos reímos ó nos enfadamos como de huéspedes importunos. Esa tenacidad con que se nos presentan, con que nos hostigan; esa voluntad extraña que apreciamos en ellas para dominarnos, todo su carácter lo explicamos nosotros como una costumbre adquirida. Y no es así. Es la continuidad de iguales tránsitos para iguales resoluciones. Esa regularidad de las pequeñas cosas no es, en tal caso, sino una regularidad de propósito. Veamos un ejemplo á todo esto.

En el prólogo que el distinguido escritor don Juan José de Soiza Reilly ha escrito en el segundo tomo de las obras teatrales del dramaturgo uruguayo Florencio Sánchez, leemos lo siguiente: «Esas obras escritas en las hojas de los telegramas. Hojas de telegramas que con

Antonio Monteavaro, ó con Luis Doello Jurado, ó con Martínez Cuitiño ó conmigo iba el pobre Florencio Sánchez á robar á las oficinas del Telégrafo. Entraba moviendo la cabeza para todos lados. Hamacaba los brazos, como los indios viejos. Echaba una ojeada sobre las ventanillas, para cerciorarse si los telegrafistas lo veían. Buscaba un block de formularios. Se arrimaba á un pupitre y hacía como si escribiese algún despacho. Después, echando todo el cuerpo sobre el pupitre, doblaba el block. Se lo metía en el bolsillo. Y salía moviendo la cabeza y hamacando los brazos. Riéndose como un niño por dentro y por fuera. Era tal la costumbre que tenía de escribir sus obras sobre las hojas telegráficas, que años después iba aún al Telégrafo y compraba formularios para escribir sus dramas.

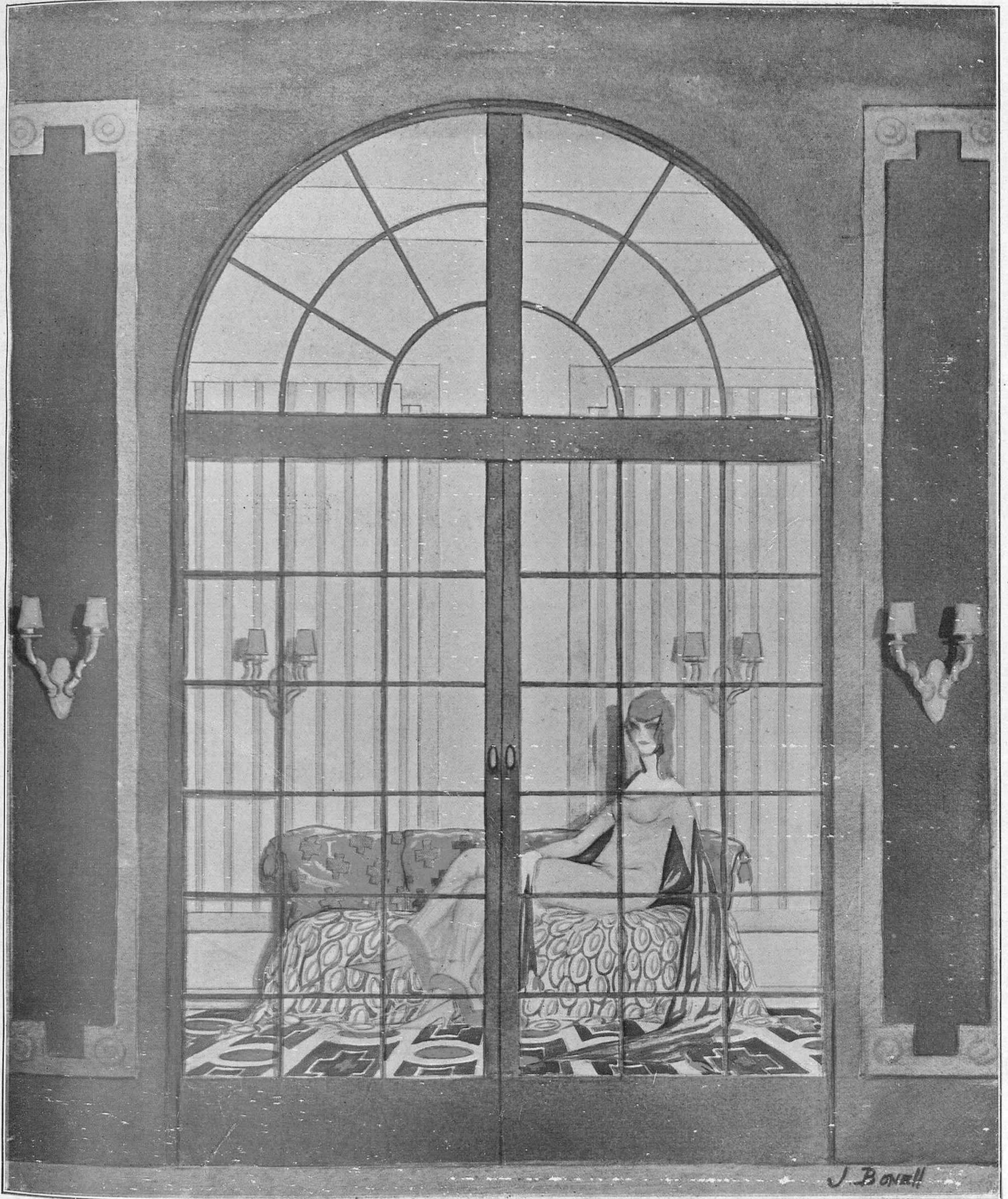
—Pero, Florencio... Yo te puedo mandar á tu casa buen papel. Me lo dan en la imprenta...

—Gracias, viejo. ¿Sabes? Anoche me puse á escribir en un papel satinado que me dió Ingenieros. No me salía nada. Estuve tres horas peleando con la pluma para bordar una escañita, y todo se me chingó. ¿Sabes por qué? Porque no era el papel de telegramas...

Porque no era el papel de los telegramas, efectivamente. Porque se le presentaba una regularidad de pequeños motivos para el resultado de escribir la obra teatral. Esos pequeños motivos, que lo son todo y sin los cuales se pelea en vano, sin que salga nada. Sin esas hojas de telegramas, sin esas pequeñeces, no surgían los dramas de Florencio Sánchez... ¿Veis la importancia de las cosas pequeñas?

José CASTELLON

PÁGINAS ARTÍSTICAS



HOGAR MODERNO, dibujo de J. Bonell

TEATRO ESPAÑOL
DEL SIGLO XIX

"EL JURAMENTO"

Observaba Ixart el hecho curioso de que desde que existe la crítica periodística teatral, constantemente se ha venido preguntando la decadencia del arte escénico, igual en tiempos de *Figaro* que al finalizar el siglo XIX, y podemos agregar que en nuestros días. Quien a los informes periodísticos se atenga exclusivamente, debe sacar la lógica deducción de que el teatro español sigue una trayectoria descendente lamentable, siendo cada año peor que el anterior, y, como conclusión, que el teatro de hoy debe encontrarse en un grado de inferioridad que podría calificarse de insuperable... si no viniesen tiempos futuros en que, seguramente, se dirá lo mismo. Por otra parte, se da también el caso de que las obras y los autores más ensalzados por la crítica contemporánea son á veces los más deleznales, mientras que obras que en su tiempo pasaron casi inadvertidas se han rehabilitado en plazo más ó menos largo ó merecen por su valor artístico la rehabilitación. Con todo lo cual, queda lucido el que, atracándose de críticas, pretenda formarse idea de lo que fué el teatro español en el siglo último. ¡Curiosa idea se formará!

Acababa de nacer nuestra zarzuela «grande»; el favor del público y la iniciativa de unos cuantos hombres de voluntad habíanla dado digno alojamiento en el hermoso teatro de la calle de Jovellanos. Era empresario D. Francisco Salas, quien, para la campaña de 1858-59 había reunido una Compañía en la que figuraban la Mora, la Murillo, la Santamaría, Obregón, Salces, Caltañazor, Calvet, Fuentes, Cubero, Arderius... Pero daba la casualidad de que las obras que estrenaba no eran en su mayor parte del subido mérito de *Jugar con fuego* ó *El dominó azul*; y, claro, como las obras maestras deben surgir á diario, los cronistas teatrales, á raíz de cada estreno, afirmaban que el género estaba en franca decadencia.

Se abrió el teatro el 1.º de Septiembre con *Beltrán el Aventurero*, de Camprodón y Oudrid. Siguiéron los estrenos con *La Embajada*, traducción de Antonio María de Segovia, música de Auber; *La perla negra*, libro de Larra y música de Vázquez; *Azón Visconti*, de García Gutiérrez y Arrieta; *El dominó negro*, otra opereta de Auber, traducida por Antonio Arnao, y algunas obras en un acto, como *El joven Virgilio*, de Pina y Oudrid, *Céfiro y Flora*, de Frontaura y Arche... Ninguna de estas obras obtuvo gran éxito; la que más agradó fué *Azón Visconti*. Pero conviene advertir que las dos operetas de Auber habían sido dadas á conocer ya al público madrileño, arregladas como comedias, por Ventura de la Vega, con los títulos de *Un alma de artista* y *La segunda dama duende*, lo que perjudicó enormemente á las zarzuelas, porque ni Segovia ni Arnao tenían la habilidad extraordinaria del infatigable arreglador que trocaba en plata fina el plomo vil de los originales, y en cuanto á las partituras, advirtiéndose que las de Auber no podían competir con las buenas de los músicos indígenas.

Después de todas estas obras vino *El juramento*, de Olona y Gaztambide, que se estrenó el lunes 20 de Diciembre de 1858.

□□□

El juramento, aunque parezca mentira, no entusiasmó, ni mucho menos, al público que acudió al estreno. En *La Iberia* advertía con dureza, al día siguiente, el distinguido periodista D. Juan de la Rosa González, que Olona, á quien no podía negarse buen instinto y práctica para arreglar libretos, no había estado tan acertado como en otras ocasiones..., y eso en lo que respecta á los efectos escénicos, ya que en las zarzuelas la literatura salía siempre malparada.

Menos mal que se reconocía la música como superior al libro. Pero, ¿qué piezas imagina el lector que se repitieron?... ¡La lindísima entrada del barítono, «Cual brilla el sol en la verde pradera»..., dicha preciosamente por Obregón? ¡El elegante dúo del piano, verdadera preciosidad? ¡El otro gran dúo del acto tercero?... No; nada de eso. Obtuvieron los honores de la repetición el coro del «chicheo» del acto segundo



GAZTAMBIDE

y el cómico dúo de la borrachera del último... ¡Convengamos en que no se mostraron águilas musicales los espectadores del estreno de *El juramento*!...

Al final—nos atenemos á los informes del señor La Rosa—muchos espectadores se marcharon en silencio; los que quedaron llamaron á escena á los autores y á los intérpretes de la zarzuela, entre los que se distinguieron las señoras Mora y Santamaría, Obregón y Salas, que substituyó á Fuentes, repentinamente enfermo.

Es decir, que el éxito fué así como para que tirase la obra una docena de representaciones y nadie volviera á acordarse de ella... Pero *El juramento* empezó á levantarse en seguida. Cada noche gustaba más. Fué la zarzuela que más se cantó en la temporada. Y pasó al repertorio, como obligada de todos los barítonos. Y es de las pocas que viven en nuestros días...

Aún no hace mucho la oímos en el Teatro de Apolo, cantada por Luisa Vela, Sagi Barba y Meana. Y la vieja partitura, con sesenta años de antigüedad, nos pareció siempre fresca, siempre encantadora... Sagi Barba la adornó, además, con un detalle de artista, verdadera *trouville*, en el dúo del piano, una de las páginas mejores del repertorio zarzuelero.

Como el lector no ignora, María y su nominal esposo el marqués cantan un dúo al piano que viene á reflejar sus sentimientos, interrumpiéndose de vez en cuando para seguir el desarrollo de la acción. Sagi Barba, que es un buen pianista, ideó hacer callar la orquesta siempre que se trataba del dúo fingido, utilizándola para subrayar las frases de la acción escénica y acompañando de verdad él al piano lo demás. ¡Y qué relieve, qué vida adquirió el bellissimo dúo en tales condiciones! Tal vez su propio autor no imaginara lo que de esa forma podía ganar. El público del siglo xx lo escuchaba con deleite, lo hacia repetir... Y la primorosa página que en 1858 había pasado inadvertida, concluía siempre entre una clamorosa ovación.

□□□

El libreto de *El juramento* no es una maravilla, seguramente; aunque si se le compara con el de la mayor parte de las zarzuelas, no hace mala figura ni muchísimo menos. ¡Anda por ahí cada *Marina*, por no citar sino una popularísima, y que tampoco entusiasmó en su estreno!... Pero así como la estatua de Don Gonzalo algo hubiera podido abonar á Don Juan Teno-

rio, en el repertorio francés moderno, ese repertorio mundial que parece sentir la orgullosa frase de Lamartine: «Cuando Dios quiere que una idea recorra el mundo, ilumina con ella el alma de un francés», hay muchas obras que nacen bueno to mediano antiguo...

Ved un ejemplo. En una de las comedias que Tirso Escudero se apresuró á hacer traducir al castellano, en la época en que le dió la fiebre traducccionista, una muchacha, Josette, tiene que hallarse casada en determinada fecha para recoger una herencia. Su novio está ausente y no puede casarse en dos años. Y ¿qué se le ocurre? Pues casarse con su padrino: hacer un «matrimonio blanco» para divorciarse cuando el auténtico novio esté disponible... El padrino accede; se casan nominalmente; sienten recíprocos celos; por los celos principia el amor, y á la postre no hay divorcio...

Recordad ahora el libro de *El juramento*. A una muchacha huérfana y humilde no la permiten casarse con su novio porque éste es un noble pariente del protector de la chica; da la casualidad de que cierto marqués, amigo del novio, gallardo oficial, debe hacerse matar en la guerra á fecha fija por una sentencia fundada en razones políticas, y este amigo se casa con la muchacha, nominalmente, para legarla sus títulos y dejarla ennoblecida, viuda y virgen á su novio auténtico... Luego, naturalmente, los pseudoesposos principian á amarse («Tan, tan; niña, á tu puerta—llamando amor está...»); su amor comienza por celos, y al final («Guarde Dios al gentil marido...») viven felices, gracias á un indulto... ¿Representa un progreso al lado de esta fábula la de *Mademoiselle Josette, ma femme*, que es la comedia antes aludida?... Pues *Mademoiselle Josette* es de los modernos Paul Gavault y Robert Charvay; se estrenó con gran aplauso á fines de 1906, en París, y pocos meses después en Madrid, en el Teatro de la Comedia, arreglada por Vital Aza, con el título de *El matrimonio interino*, y por ahí anda haciéndose todavía... ¿Será la diferencia de técnica la que acuse la modernidad de la obra?... ¡Oh, la técnica de Gavault!... En *Mademoiselle Josette*, un personaje tiene que enterar al público de sus cosas; y como hemos convenido que el monólogo que empleaba Shakspeare es arcaico, falso, cursi y antiartístico, pues el personaje en cuestión coge un perrito y le cuenta todo lo que le pasa... Ya no hay monólogo; se salvó la situación. Por eso y por infinidad de cosas parecidas, refiriéndose al teatro que suele traducirse por aquí—que rara vez es el que debía—escribió en una ocasión *Alejandro Miquis*, con feliz frase, que hay dramaturgos franceses que fingen volar y siguen reptando...

□□□

La partitura con que Gaztambide ennoblecó *El juramento* es acaso la más linda que brotó de su pluma. El insigne músico navarro—nació Joaquín Gaztambide y Garbayo en Tudela, el 7 de Febrero de 1822, y murió en Madrid el 18 de Marzo de 1870—formó con Barbieri, Arrieta y Oudrid el glorioso cuarteto mantenedor de la música nacional en el segundo tercio del siglo XIX. Cada uno de los cuatro tenía su nota distintiva peculiar, según acertadamente observó Peña y Goñi; era la dulzura en Arrieta, la vivacidad de ingenio en Barbieri, el carácter popular en Oudrid, la fogosidad y el temperamento dramático en Gaztambide. Esta cualidad resalta en *El Juramento* de un modo especial; ni esta partitura ni las de las demás zarzuelas de su tiempo puede competir en armonía é instrumentación con las más modernas de Caballero, y sobre todo, de Chapi; pero distan mucho de hallarse desprovistas de mérito y representan una época en la historia musical de España. Para el que sin criterio cerrado de escuela escuche desapasionadamente las partituras, encierran éstas un tesoro de bellezas y de enseñanzas; con una cuidadosa selección, un repertorio de zarzuelas podría y debería constituir la base de estudio y el punto de partida para llegar al ideal soñado de la ópera española, inaccesible por otros caminos.

ISMAEL SANCHEZ ESTEVAN

¡Qué deliciosa
resulta la ducha
después de
jabonarse con
**HENO DE
PRAVIA!**

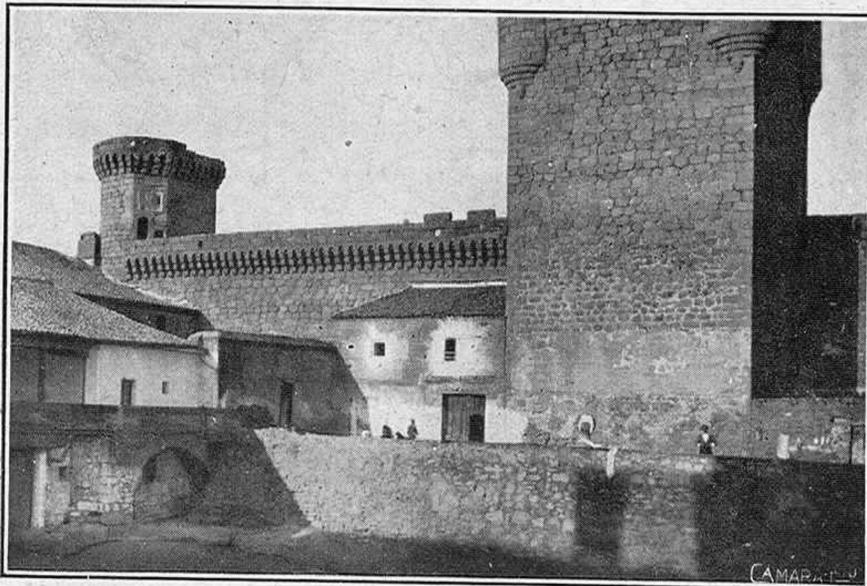
Refresca, suaviza y
perfuma la piel.

1.50
la pastilla

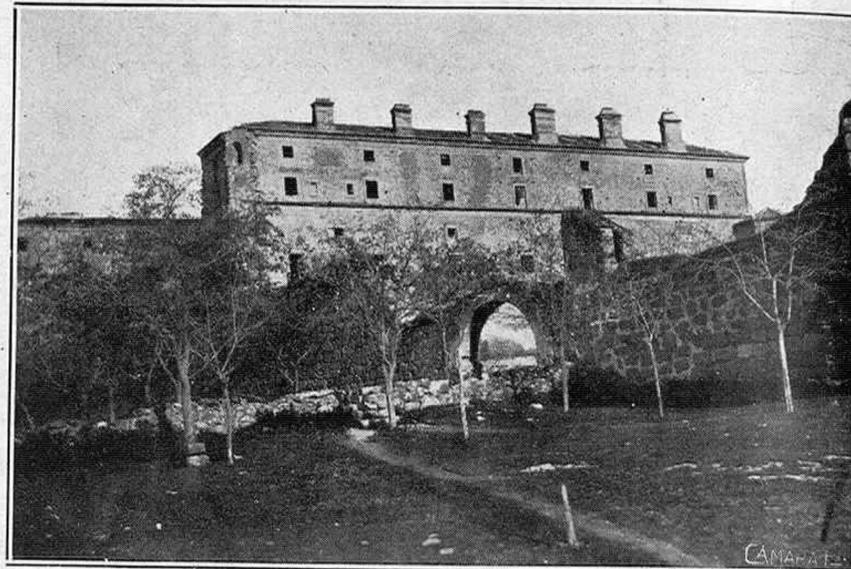
PERFUMERIA GAL
M A D R I D



DEL VIEJO SOLAR HISPANO
EL CASTILLO Y EL PALACIO DE OROPESA



Torres y muralla del castillo

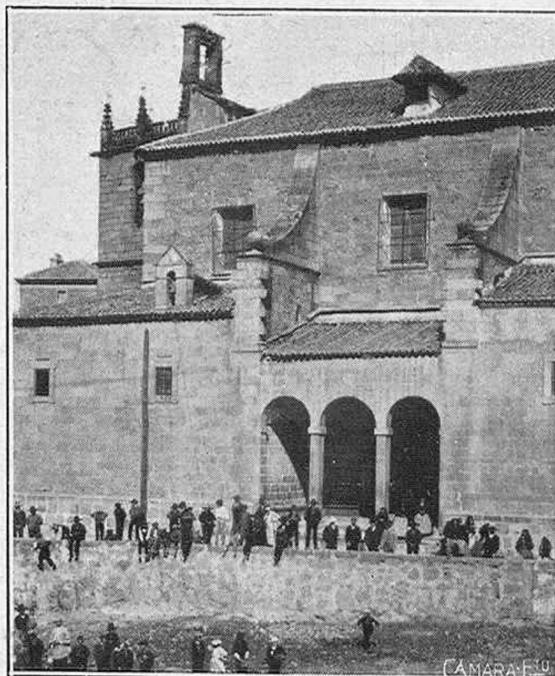


Palacio de los duques de Frias

De la cumbre de un pelado cerro, cuya falda, sombreada de cenicientos olivares y verdes encinas, le sirve de escabel triunfal, surge, recortando sus grandiosos perfiles en el fondo de un cielo inmaculado, la silueta del castillo de Oropesa, al amparo de cuyos altos y almenados muros y poderosas torres cuadrangulares, que gallardamente flanquean pequeños cubos semicilíndricos ó tambores, se acoge el palacio de los condes de Oropesa y duques de Frias, elegante edificio de preciosa arquitectura, que algunos atribuyen al inmortal Herrera.

Cercana á la fortaleza, resguardándose al socaire de sus muros, como amenazada de un peligro imaginario, la villa de Oropesa alza el brillante conglomerado de sus casas encaladas —que fulgen al sol como un macizo de bruñida plata—, sobre las que se destacan las pardas moles de algunos soberbios edificios, como la iglesia parroquial, gallarda obra arquitectónica del siglo XVII, cuya portada ostenta un soberbio arco románico.

Abajo, en la sombra del valle fresco y profundo, donde las dehesas tienden una inmensa alfombra de esmeralda y los innumerables troncos de las encinas dibujan un denso rameado, se desliza el ferrocarril de Madrid á Lisboa, como una negra serpiente escurridiza que anhelara atalayar la florida vega de Talavera y disol-



La iglesia

mada la plaza por el ambicioso hijo, que anhelaba, para ceñírsela á sus sienes, arrebatar á su padre la corona de Castilla, y presos los defensores de la torre, el vengativo Sancho mandó que los heroicos guerreros que con tanto tesón y valentía habían resistido el asedio fueran descuartizados, mortal suplicio que se les dió en Talavera, en la célebre puerta llamada desde entonces «de los cuartos».

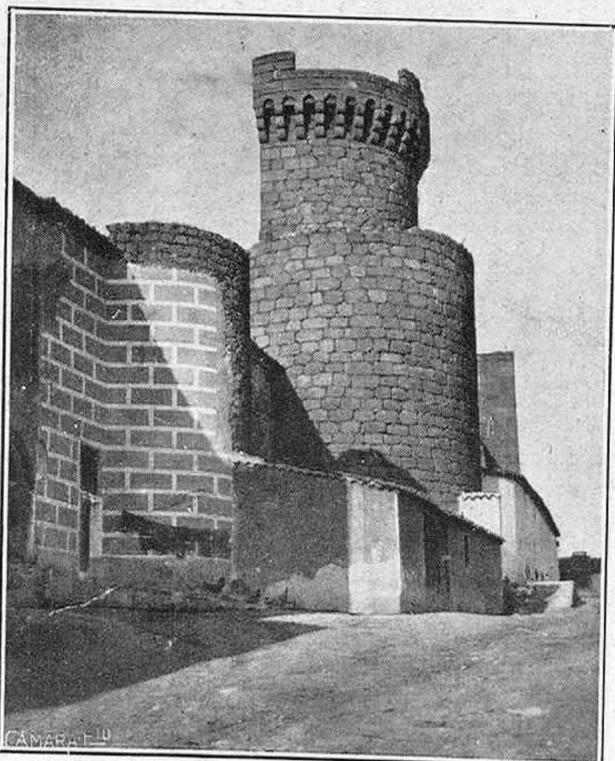
Después de Sancho IV, fué dueño de este castillo el infante D. Juan de la Cerda, hijo también de Alfonso X, de cuyo castillo fué despojado por el Rey Fernando IV.

Felipe II, en 1577, concedió Grandeza de España, unida á este título, á D. Juan Alvarez de Toledo, quinto de los condes de tal nombre, uniéndose en 1802 la casa de Oropesa á la de Frias.

Tal es, á grandes rasgos, la historia de este magnífico castillo, que en lo alto de una colina, dominando la fértil cuenca que riegan los ríos Guardiervas y Cañizo, tributarios del Tietar, eleva al cielo, como un enorme cáliz de piedra, el misterio de sus viejas torres, y cuyos muros —gloriosos plafones— evocan la época romántica y caballeresca, hundida ya para siempre en las sombrías nieblas del pasado.

CECILIO BENITEZ

1921.



Tambor semicilíndrico del castillo

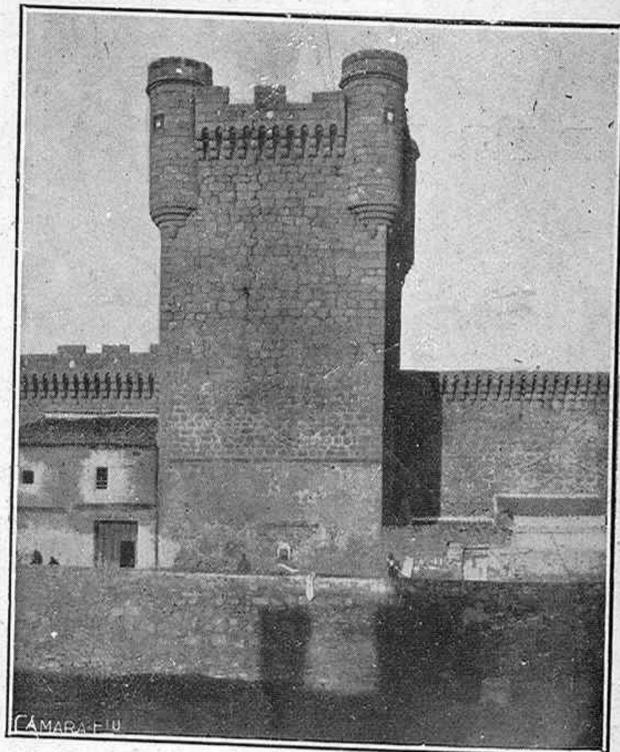
viera en el azul del cielo, de un caliente tono, los agitados vapores de un blanco penacho de humo.

El sol del crepúsculo quiebra sus rayos en la fachada del palacio, y el ocre de los muros, algo desvaído, adquiere, á la caricia solar, una dorada pátina.

Este palacio fué mandado construir por doña María de Pimentel, y los balcones de hierro forjado que lucen en la fachada son una florida ostentación del gusto refinado que distinguió á la época renacentista. También merece especial mención el llamado «Peinador de la Duquesa».

Oropesa aparece fortificada ya en la época romana. Posteriormente, en la Edad Media, se habla en algunas crónicas y hechos de armas del castillo «comedian» de Oropesa, y todo induce á creer que la antigua fortaleza poseyó diversos castillos enclavados en su recinto, que el tiempo convirtió en ruinas. Sólo quedan un castillo, algunos vestigios de los muros y las ruinas de las murallas levantadas en el siglo XV por D.^a María Pimentel, en las que se abrían seis puertas, siendo la llamada de Talavera, de tres arcos, la más notable.

En las luchas y guerras sostenidas por Sancho IV, *el Bravo*, contra su padre, décimo de los Alfonsos, los magnates adictos á la causa del Rey Sabio fortificáronse en Oropesa; mas to-



Torre albarrana del castillo

EN BREVE

La locura del "frustero"

NOVELA DE LA VIDA CONTEMPORÁNEA
POR

"EL CABALLERO AUDAZ"

Precio: DOS pesetas

Los pedidos á Editorial «MUNDO LATINO», Apartado 502,
ó á la Administración de PRENSA GRÁFICA, Hermosilla, 57.

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la salud. Sin yodo, ni derivados del yodo, ni thyroidina.

Composición nueva, desaparición de la gordura superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI". Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

¿Quiere usted aprender idiomas? Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

Arenal, 24

Nadie se los enseñará mejor



RECONSTITUYENTE RÁPIDO

ENOFOSFORINA

SERRA

Fortalece a los débiles : Acorta las convalecencias : Aclara la mente : Devuelve el buen humor.

CALVACHE

FOTÓGRAFO

Carrera de San Jerónimo, 16

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recientz, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

UNA
PASTILLA VALDA
EN LA BOCA
ES LA PRESERVATION
del Mal de Garganta, de las Ronqueras; los romadizos, los Constatipados, las Bronquitis, etc.
ES EL ALIVIO INSTANTANEO
de la Opresion de pecho, de los accesos de Asma, etc. etc.
ES EL REMEDIO MAS INDICADO
para combatir toda suerte de Enfermedades del Pecho.
ADVERTENCIA IMPORTANTISIMA :
PEDID, EXIGID
in todas las Farmacias
Las Verdaderas Pastillas Valda
que se venden unicamente
EN CAJAS
con el nombre VALDA
en la tapa y nunca
de otra
manera.

Farmacia
Mundial de Goya
Española de Goya
Aguilar-Goyas

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

OBRA NUEVA

LA RAIZ FLOTANTE

NOVELA

DE

JOSE FRANCÉS

QUE REFLEJA LA VIDA, EL PAISAJE
Y EL ESPÍRITU DE ASTURIAS

PRECIO: CINCO PESETAS TODAS LAS LIBRERÍAS

SE DESEA ALQUILAR PISO en casa nueva, con calefacción y cuarto de baño, diez ó doce habitaciones, fachada á Mediodía ó á Levante, en calles de Goya, Génova, Sagasta ó transversales y de 250 á 300 pesetas mensuales.

DIRIGIRSE A ESTA ADMINISTRACIÓN

MIOPITA

por

ANTONIO ZOZAYA

(Dibujos de Ricardo Marín)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina
LA NOVELA SEMANAL
se vende con el título de
LA NOVELA ESPAÑOLA
Está de venta en todos los
puestos de periódicos y en casa
de los Agentes de Prensa Gráfica
en la República Argentina
Sres. Ortigosa y Compañía,
Rivadavia, 698, Buenos Aires

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU - PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

ALFONSO FOTOGRAFO

6, Fuencarral, 6

PARA ADELGAZAR

seguramente y sin peligro

Al fin existe un remedio, seguro y sin peligro, contra la obesidad, que hace adelgazar, mejorando la digestión.

La papada, los mofletes, las caderas, el pecho, el vientre, se reducen con rapidez.



Las carnes se fortalecen.
Los órganos internos, aligerados por la eliminación de la grasa, recobran su antigua vitalidad, y la opresión, la sofocación, la dispepsia y otros males inherentes á la obesidad, se corrigen rápidamente.

Es un verdadero renacimiento del organismo.
Es e adelgazante, verdaderamente maravilloso, tiene por nombre **PILULES APOLLO**.

Hace adelgazar un kilo por semana, poco más ó menos, sin la menor molestia.

Mil ares de curas atestiguan ya la perfecta inocuidad y la eficacia de este adelgazante. Hombres y mujeres se encuentran admirablemente durante este tratamiento, sin interrumpir sus ocupaciones.

Así, pues, si la obesidad os molesta, no hay que dudar: tomad las **PILULES APOLLO**, sin temer nada ni para el presente ni para el porvenir. Estas píldoras son de composición exclusivamente vegetal y no encierran ningún principio nocivo.

Un frasco se remite por correo, enviando 12 pesetas en libranza ó giro postal á la Agencia de Cebrián, Lauria, 26, Barcelona.

De venta en Barcelona: Farmacia Oliver, Hospital, 2. En Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2, y en todas las buenas farmacias.

¡Dichosos los esbeltos!

Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios Anusol Goedecke

que se introducen en el recto.
Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídanse en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

ALMACENES DE JOYERIA Y PLATERIA

FERNANDEZ Y VEIGA

Esparteros, 16 y 18, Madrid Teléfono 2.529 M.
Pagamos su valor por brillantes, perlas y toda clase de alhajas.
Grandes existencias en objetos para regalos, vajillas, bandejas y orfebrería